

La mujer desnuda

Armonía Somers



Lectulandia

Publicada inicialmente con seudónimo en 1950, *La mujer desnuda* causó escándalo sin precedentes en el ámbito de la literatura uruguaya, no solo por su audaz contenido sexual sino además por el misterio de la identidad del autor. La obra llegó al gran público en 1966, cuando se publicó la tercera edición y cuando Armonía Somers ya había publicado dos colecciones de cuentos —*El derrumbamiento* y *La calle del viento norte*—, así como su segunda novela, *De miedo en miedo* (*Los manuscritos del río*).

Escritora de inusual intensidad, con una riqueza de estilo igualmente notoria, su obra ha sido emparentada con la de los grandes narradores uruguayos del siglo xx, Juan Carlos Onetti, Felisberto Hernández y Mario Levrero, y con autoras como Clarice Lispector y Marosa di Giorgio.

Armonía Somers

La mujer desnuda

ePub r1.0

Titivillus 30-01-2021

Armonía Somers, 1950
Prólogo de Marina Sanmartín Pla
Cubierta de Julia Malkova

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

PRÓLOGO

La cabeza, el cuerpo y el bosque

Que nadie se sienta incapaz de leer esta novela. Al revés, que todo el mundo se atreva a acercarse a ella. Saldríamos ganando.

Siempre he odiado los prólogos y también esas pequeñas introducciones de diez o quince minutos a cargo de los críticos con las que se presenta en la televisión la emisión de determinadas películas. Considero que la buena ficción, tanto literaria como audiovisual, merece que nos adentremos en el universo que recrea completamente desarmados, como si se tratara de un sueño en el que nos reconociéramos de pronto, sin protección ni antecedentes, al habernos quedado dormidos. Esa es la única manera de que el mensaje de la obra impacte en nosotros y nos hiera, para devolvernos después a la realidad que habitamos mínimamente transformados.

Pocas cosas hay más valientes que enfrentarnos a la mentira sin armadura.

Así que bienvenidos a este sueño, el que en *La mujer desnuda*, publicada por primera vez en 1950, Armonía Somers (Uruguay, 1914-1994) describe para el lector; un viaje a medio camino entre el erotismo y el terror, tanto el uno como el otro nada maniqueos, mimbres de un ejercicio que no persigue enseñar, sino descubrir, y que para ello impone una condición no negociable: la supresión de todos los filtros de percepción adquiridos.

Rebeca Linke acaba de cumplir treinta años y, para celebrarlo e interrogarse acerca de lo que el acontecimiento supone, decide pasar la noche en una finca que linda con un inmenso y oscuro bosque. Allí, nada más llegar y ante la dificultad para conciliar el sueño, mientras contempla el paisaje nocturno a través del estor que ciega a medias la ventana de su habitación, decide cortarse la cabeza y, tras colocársela de nuevo sobre los hombros, aventurarse desnuda al exterior.

Este es el planteamiento de partida de una historia cimentada sobre tres conceptos que adquieren entre sus páginas la categoría de símbolos: la cabeza, el cuerpo y el bosque; tres estrellas brillantes que, como los mechones

bien cepillados de una trenza, Somers entreteje con un notable sentido del ritmo y una interesante influencia de su tiempo —la lectura nos remitirá desde el inicio al estilo onírico de los relatos de Clarice Lispector y a *El bosque de la noche* (1936), de Djuna Barnes, pero también a la crudeza del cine más experimental de Buñuel, que tiene su máximo exponente en *El perro andaluz* (1929), y al terror que William Hope Hodgson supo ligar como nadie a las formas y colores de la naturaleza en *La casa del confín de la tierra* (1908).

Empecemos por la cabeza y esa decapitación casi involuntaria, más instintiva que consciente, y al fin y al cabo reversible, sin la que Rebeca no hubiera podido comenzar su periplo. ¿Qué significa? ¿No representa acaso una especie de bautismo, el rito con el que Armonía Somers le regala a su personaje —y por extensión a su mirada de autora y a la nuestra de indiscretos *voyeurs*— un nuevo principio limpio de connotaciones y experiencias previas?

Y es que esa es, sin duda, una de las pretensiones más loables de *La mujer desnuda*, su ansia de «desaprender», de vaciar nuestro cerebro (y no hay manera más gráfica de hacerlo que la decapitación) para permitir luego, al recuperarlo, que lo previamente percibido nos impresione otra vez, desintoxicado del conocimiento anterior y el prejuicio, incluido el propio cuerpo, como le sucede a Rebeca al reencontrarse con él tras la traumática y reparada amputación: «Cuando la caricia llegó hasta los pechos tuvo la sensación de descubrirse después de una inmensidad de olvido».

Encierran las primeras páginas de la novela de Somers un interés por dejar en la puerta de la ficción, sin permiso para participar de la misma, todo atisbo de convención social, porque esa es la única estrategia para liberar al lector de las ataduras morales, los miedos y la culpa y regalarle la historia como un campo de pruebas donde experimentar sin autocensurarse interpretaciones no previstas, en este caso sobre el sexo, el odio y las fronteras del deseo no solo físico, sino también mental.

Es en este punto de la narración cuando el cuerpo entra en escena, la figura desnuda y libre de Rebeca Linke se adentra en el bosque y se convierte en una provocación para todo aquel que se cruza en su camino y, a diferencia de la mirada de la protagonista y de nuestra propia mirada, no ha sido bendecido con la bula de la autora para percibir la humanidad sin tamiz. Ante estos perfiles encadenados a la realidad, construida con un peso de milenios, Rebeca se rebela y adopta una actitud que interpela y provoca, que desafía: «Ven, toca, estoy desnuda. Tomé mi libertad y salí. He dejado los códigos atrás, las zarzas me arañaron por eso».

¿Por qué nos cuesta aceptar a quien, a pesar de no hacer daño a nadie, se niega a actuar según unas reglas a menudo incomprensibles, asumidas simplemente por la costumbre y la conveniencia de la imitación?

El cuerpo de Rebeca es un grito; un grito en el siglo XXI, desde el que leemos la novela, y un grito aún más fuerte en el ecuador del siglo XX, momento en el que el texto se publicó para, con o sin intención, reivindicar la identidad física de la mujer y combatir la tendencia a ocultar y condenar la belleza ante el temor de las sensaciones que suscita; un gran error.

Armonía Somers nos dice en *La mujer desnuda* que no hay más que un modo de alcanzar el equilibrio emocional, cierta felicidad, si es que esta existe; y es partiendo de la incomodidad e interrogándonos acerca de las pulsiones que acentúa en nuestro interior la presencia absoluta del otro.

En este sentido, hombres y mujeres somos víctimas, y la novela va un paso más allá del feminismo para situarse en un plano de denuncia universal y proponer una liberación del pensamiento que, aunque preso durante más de mil años, tiene el poder de desprenderse de las cadenas en un segundo si, como en un conjuro, damos con las palabras adecuadas, por qué no, mágicas: «Había llegado a saber por un sistema tan simple de conocimiento como el de la nariz que un ser encadenado a la realidad por tantos años de grilletes podía soltarse en un segundo los hierros viejos».

Como el aceite en el agua, como un revulsivo, así es como el cuerpo de Rebeca, que además de tentar experimentará el frío de la amenaza a cada paso, se introduce en el bosque, que es el mundo y nuestra última estrella. Allí, donde todos los personajes son el mismo, el leñador y su mujer, los gemelos y el cura, el aficionado a las intrigas y el misterio, y el caballo..., allí es donde habitamos, inmersos en la oscuridad. El bosque es nuestro entorno, nuestra conciencia dormida, un lugar que carece de sentido si no estamos dispuestos a convertirlo en escenario de la batalla.

Porque el conocimiento es una guerra continua.

MARINA SANMARTÍN
Madrid, abril de 2020

El día en que Rebeca Linke cumplió los treinta años comenzó con lo que ella había imaginado siempre, a pesar de una secreta ilusión en contra: la nada. ¿Y si no ocurriera nada entonces, se había preguntado más de una vez, ni para bien, ni siquiera para mal, que siempre es algo?

El error, pues, parecía radicar en haberse impuesto aquella medida en el tiempo respecto a un hecho en cierto modo considerado clave, cuando lo que tendrá que suceder será siempre obra del zarpazo ciego, de la emboscada secreta desde las situaciones más simples.

Y la fecha llegó, desde luego. Pero sin marca visible de día fasto, apenas como un aburrido bostezo de verano igual a tantos. La mujer lo miró en el espejo junto a su propia imagen. Un bello día; un bello rostro. Y desprovistos ambos de lo que hace memorables a las cosas.

Todo empezó así, entonces: que ella fuese retrocediendo inconscientemente en un escenario vulgar y desapareciera de la vista. Había llegado quizá el momento preciso en que cada uno deba vivir su acontecimiento propio. Si es en un velatorio, el de estar vivos junto a quien precisamente ya no podrá repetir el ensayo. Y si se contabiliza un desgraciado año más, de esos que forman las peligrosas cifras redondas, el poder decidir qué se hará a partir de tal punto.

La finca a la que llegó en la medianoche se hallaba para la mujer algo así como suspendida en la atmósfera. No le conocía aún mayormente sus interiores. Y en cuanto a lo demás, solo le era posible recordar lo abarcable con los ojos. Hacia delante, un campo extenso. De pronto este se interrumpía por una oscura mole transversal que iba terminando en forma de animal marino. Sí, realmente, el bosque le parecería desde el principio un cetáceo varado. En un solo día de viento en que le fuera dado verlo, lo había conocido en la locura, una especie de rabia impotente como la de ciertas formas ancladas de rebelión humana. Se movía sin abandonar el sitio, resoplaba enviando ráfagas cargadas con su ruido. Pero no más allá del propio espectáculo de esclavo amotinado. Luego volvía a quedar inmóvil por un tiempo, apenas si con la incontenible respiración de su masa.

Por la punta derecha, la barrera vegetal no alcanzaba a tocar el río. Porque había también eso, un río sin nombre, al menos para ella, que iba siguiendo al bosque separado por una franja brillante y clara, no sabía aún formada de qué, si de hojas o arena, o quizá también de algo que tuviese el color de su propio vacío íntimo.

Pero la verdad del paisaje fabuloso que había adquirido gratuitamente al comprar por poco más de nada la casa no estaba, sin embargo, en todo aquello, sino en otro orden de cosas menos tangibles, una de las cuales sería la propia evasión que un simple ferrocarril hará posible en cualquier momento. Tal como acababa de ocurrir esa noche, precisamente, bajo las miradas llenas de asombro que la han visto descender en aquella soledad, una parada en pleno campo previa a la próxima estación, cosa de privilegio, según le habían dicho. En fin... Si aquel regalo adherido a los títulos del bien inmueble tenía una explicación, continuaba no interesándole por el momento. Cortó, sin más, el campo aclarado por una luna en cierto modo cómplice. Y fue así como entró en la casa aquella noche, completamente despojada de todo vínculo anterior y casi con la sensación de un regreso a la matriz primitiva, desde donde se podría volver alguna vez, pero ya con infinitas precauciones.

Rebeca Linke dejó deslizar al suelo el abrigo con que cubriera la desnudez en que había salido. Se tendió en la cama, comenzó a mirar el rayado blanco y negro con que la luz lunar filtrada por la estera uniformaba las cosas. Intentó varias veces salir de entre aquellos barrotes cerrando los ojos. Pero las rayas la seguían a través de los párpados hasta sumirla en una especie de sueño hipnótico. Un sueño que continuará desplazándola, quizá, sobre aquellas mismas vías en que su tren se ha detenido para que ella sola pueda descender antes de la estación que viene. Vuelve a oír cierta voz insistente que ha venido requiriéndole algo desde el comienzo del viaje: «Perdone, señora, ¿puede usted darme el billete?». La voz pastosa del hombre se queda entre las filas de los asientos como un cuerpo largo. Unos árboles a la carrera, el convoy que dispara en sentido contrario. Luego, a fuerza de tanto huir la noche, llegan las estaciones. La gente sube, baja, se roba mutuamente el sitio. «¿No lo ha encontrado todavía?». La voz del hombre va a arrojarse nuevamente. Pero no hay esperanzas. Vienen después las alambradas. Alambres, alambres tensos y ruido monótono. Quiere ella recordar el título de un libro que hay sobre la mesa de noche y tiene que balbucearlo interferido por la voz, que no sale ya del hombre, sino de los alambres. «Permítame, señora, que lo busque yo mismo. Sé que el billete debe de estar en su bolsillo, junto a alguna llave».

Las palabras eran esa vez remotas, y el hombre que las había pronunciado entre los hilos, también lejano y movedizo, como visto a través del agua y reatado por cuerdas de violines que venían vibrando desde atrás de la vida. «Oh, gracias —dijo ella con acento tierno—, nunca recuerda uno estos detalles». Nunca recuerda. Nunca recuerda. Ruido monótono. El hombre quiso quitarse la música de encima con los dedos. La llave, el billete, los alambres. Pasan por un puente de hierro. El ruido salta sobre el abismo. Alguien que es arrojado al vacío le grita tristemente: «Señora, yo no quería impedir su viaje... Solo que cuando uno adivina algo peligroso desea avisar, desplegar las señales de alarma...». El hombrecito ya no dirá nada más. Ella hubiera deseado volver atrás y lanzarse a buscarlo. Pero las rayas blancas y negras la llevaban quién sabría adónde, para dejarla vencida de cansancio. «Uno nunca recuerda estos detalles —fue lo último que pudo repetir—, nunca recuerda». Sin embargo, antes de caer abatida, logró evocar algunos, por ejemplo: que dentro de su libro de cabecera había una pequeña daga que era una obra de arte, tanto como para decapitar a una mujer prisionera en aquel maldito rayado paralelo que le impedía reencontrarse en limpio.

La mano que quiere alcanzarla no puede. Derriba el vaso con agua de la mesa y queda allí como una flor congelada. Es entonces cuando la daga va a demostrar que ella sí sabe hacerlo, y se desplaza atraída por las puntas de unos dedos. Claro que hacia una mano que está adherida a un brazo, que pertenece a su vez a un cuerpo con cabeza, con cuello. Una cabeza, algo tan importante sobre eso tan vulnerable que es un cuello... El filo penetró sin esfuerzo, a pesar del brazo muerto, de la mano sin dedos. Tropezó con innumerables cosas que se llamarían quizá arterias, venas, cartílagos, huesos articulados, sangre viscosa y caliente, con todo menos con el dolor que entonces ya no existía.

La cabeza rodó pesadamente como un fruto. Rebeca Linke vio caer aquello sin alegría ni pena.

Empezó desde ese instante a acaecer el nuevo estado. Solo una franja negra y ya definitivamente detenida. ¿Era posible que el mundo deslizante se hubiese solucionado así, de un golpe seco? La mujer sin cabeza quedó extendida sobre la alfombra oscura, pesadillescamente estrecha, de su último acto. Habría, bien pudiera ser, una dimensión en el tiempo para eso. Pero la conjetura más simple debía de ser por entonces de alcance corto. Al tocar la garganta se terminaban las preguntas.

Y bien: todos los que han perdido algún órgano saben cómo se llega a veces a sentir su restauración por breves y fascinantes segundos en que resulta

imposible luchar con la evidencia del retorno. Fue así como le tocó a ella vivir el fenómeno, aún precariamente situada en la franja sin memoria. O sea que su cabeza, la inexistente, le estuviera rebrotando en forma dulce y liviana, especie de amapola en sazón de semilla. Tenía en su interior un hormigueo diminuto, pero solo ese vestigio de gravidez. Imposible esperar ya otro signo, al menos algo que pudiera catalogarse entre los atributos concisos de la vida.

Fue, pues, al cabo de un tiempo sin medida, cuando empezaron a resurgir las más elementales voliciones. Un esfuerzo del pie, luego otro del cuerpo entero en busca de su verticalidad, y quedó dominada así la raya negra del primer tramo. Pudo, de pronto, localizar la propia cabeza yacente, tomarla entre sus manos. Al percibir la pesantez de fruto de la carga, la meció caminando con suavidad, aunque sin conservar dirección precisa ni equilibrio. Un crecimiento interior como el de la primera onda láctea la estaba poseyendo. Pero eso no era todo. De lo más sumergido y entrañable de la sensación comenzaba a empinarse una conciencia de culpa. Ella había derramado esa tristeza sobre la tierra, aquella cabeza sin pedestal a causa suya.

La mujer no alcanzaba aún a aventurarse más allá de los actos simples, pero intentó y pudo conseguir una serie primitiva de determinaciones, como tomar un pañuelo, colocarlo con su mano libre en la cabeza anudándolo por abajo. Se hacía ello más que necesario, pues la sangre estaba cayendo del corte circular de la base como una lluvia incontrolable.

Fue desde entonces cuando la estatuita bárbara cobró el aire formal de las demás cosas posibles, como algo que hubiera encontrado su verdadera esencia en las manos del crimen. Pero Rebeca Linke ya no reincidiría en el antiguo apareamiento de las dos mitades contradictorias de sí misma. Su cápsula de amapola no daba más de sí que aquel sordo rumor de sonajero vegetal, parecido al del granizo en los vidrios. Aún, pues, sin elaborar las pesadas ideas en serie, debió concluir que el tiempo de tal estado plácido no podía seguir esperando, reclamaba solo su actualidad como el agua que se lleva en el hueco de la mano. Colocó entonces rápidamente la cabeza en un soporte, dio algunos pasos atrás buscando el efecto en la penumbra. La pieza cercenada persistía en sus mutaciones, agregándose esta vez una personalidad retadora. Mirada desde los nuevos ángulos, quizá gustase más a la mujer su última versión que la pequeña campesina de museo de cera que le había mostrado en un principio su redondez de punta de lengua. Soliviantada y arisca desde el mentón hasta las cejas, y de ahí al nacimiento del cabello sobre las sienes, la muñeca sin tronco parecía desafiarla con su insólita

metamorfosis. Un raro sentimiento equívoco comenzó a dominarla. Se arrodilló, quedó a la altura de la otra. «Amanda, quiero besarte», logró decirle. Pero no pudo consumir el acto. Su boca irreal la invalidaba como en las pesadillas.

Vio de pronto con terror que la hemorragia persistía y que el rostro empalidecido mortalmente clamaba por su sangre. Se hacía, pues, impostergable volver a lo anterior, tornar a echarse el pensamiento encima, construir de nuevo el universo real con las estrellas siempre arriba y el suelo por lo bajo, según esquemas primitivos. En eficaz maniobra, la mujer decapitada tomó su antigua cabeza, se la colocó de un golpe duro como un casco de combate. El peso la mantuvo tambaleando unos instantes. Era, además, difícil y molesto volver al mundo por los ojos, especie de desván donde las cosas y sus imágenes parecían reivindicar por la fuerza de la costumbre su derecho al sitio normal, arañando sin compasión la inocencia del aire. Felizmente, sin embargo, y con más rapidez que en un injerto vegetal, las dos savias se trenzaron de nuevo.

Todo rehecho, ¿no? Rebeca Linke deslizó los pulgares por el cuello, donde el corte comenzaba a quemarle como un hilo metálico al rojo. Mas eso carecería ya de importancia frente a lo otro, su vigilia retomada bajo nuevas formas. Midió la habitación con pasos vacilantes. En realidad la anémica cabeza no parecía ser la misma de otros tiempos. ¿Pero y qué más daba? Un estado sutil de felicidad malogrando las comparaciones, eso era todo. Hasta que la mano, retardándose algo más de lo común sobre las cosas, consiguió abrir la puerta luego de un crispamiento largo sobre el pomo.

Y fue desde aquel instante en la pradera cuando comenzó la noche de la mujer, su primera noche poseída. Rebeca Linke sufrió un repentino vértigo. Quiso dominarlo aferrándose a algo. No había nada próximo. Las estrellas, amontonadas cual si se soldasen por las puntas, brillaban demasiado lejos. Pero aun en la humillación de tal estado, no alcanzó a abandonarla su asombro. Aquello, ilimitado, lleno de posibilidades para el albedrío, mucho más libre que las dudosas cosas del cielo, era la noche propia. Debía entonces incorporarse, desafiar el rigor de las zarzas próximas, detrás de las que se alcanzaba a vislumbrar una zona menos áspera. Nunca había andado descalza sino en la alfombra o en la arena. Pero decidió soportar sin protestas los espinos, al menos como a los seres estúpidos que eran, fatalizados por debajo al pie y siempre al mismo universo por arriba. Iba con las manos vacías. Mientras continuaba andando, se le ocurrió levantar las palmas, mirar las rayas a la claridad de la luna. Imposible interpretar los destinos fabulosos que

le habían leído allí una vez con cierto temor un poco teatral, como atreviéndose y no a soltar la predicción entera. Extraño: veía los ojos verdes del gato sobre el hombro huesudo de la vieja, y los trastos colgados, y una rama florecida atravesando en diagonal la ventana de la casucha. Pero ni el más simple recuerdo de la profecía en sí, a pesar de su mensaje terrorífico de entonces. Volvió a mirar las líneas, en la misma actitud del chico que no sabe leer y debe conformarse con las estampas de un libro. Sin embargo, esta vez le pareció encontrar algo que jamás había sospechado llevar consigo en sus propias manos. Luego las bajó, se acarició a sí misma el flanco. A medida que caminaba, iba sintiendo el mecanismo del hueso oculto, algo tan recio y cubierto en forma tan sencilla. Eran, en suma, experiencias de inventario minúsculo, pero capaces de sustituir el viejo miedo por un desacatamiento absoluto de sus riesgos. Cuando la caricia le llegó hasta los pechos tuvo la sensación de descubrirse después de una inmensidad de olvido. Pendían ya sin la firmeza de la despuntadura. Pero mucho más dulces que los de antes, a causa de la pesantez insinuada. Los levantó entre ambas manos y siguió andando. Comenzaba entonces la pradera lisa. No tan suave ni deshabitada como parecía serlo desde lejos. La vigilaban miles de ojos ocultos, la trituraban miles de dientes. Pero esa fuerte contradicción, de donde surgía el verismo del objeto, era algo que estaba vivo bajo los pies, invadía el cuerpo llenándolo de mensajes.

Hasta que ocurrió la nueva aventura: el bosque. Rebeca Linke tuvo un minuto de pasmo. Los árboles le habían nacido de golpe, apretados, negros y con un cuchicheo que se hizo como la suma de todos los alientos sobre su rostro. Los eludió cuanto pudo. Habiendo marchado hasta ese momento en diagonal, logró encontrarse así en la ruta mezclada de arena y hojas que separaba el bosque del río. Percibió con alivio su blandura, y ya hubiese querido tenderse un instante allí, donde le era posible contemplar el cielo sin necesitarlo. Pero le pareció, de pronto, que el bosque la había identificado, que la estaba espiando. Porque se acostumbrase ella al secreteo de la masa, o porque en realidad esta hubiera callado, lo cierto fue que la envolvió de repente en un silencio brutal, esa mudez de conspiración en muchedumbre.

«Soy tan real como ellos —murmuró para calmarse— solo que más positiva. Puedo escabullírmeles, burlarme de sus pies enterrados...».

Nada, ni siquiera uno que se arrancase de sí en un desplante individualista. Apretó el paso en la arena. Pronto su nuevo ritmo se transformó en una alocada carrera a la grupa del bosque, que duró lo que los árboles se propusieron, parados sobre su única pierna como una procesión de

lisiados. La mujer volvió a detenerse. Si era a causa suya aquel mutismo expectante, pensó, podrían saberlo todo allí mismo, aunque le faltase la inspiración para abundar en explicaciones. Historia mínima —murmuró sordamente— y hasta con estilo para lápida estrecha: «Rebeca Linke, treinta años. Dejó su vida personal atrás, sobre una rara frontera sin memoria». Nada. Nuevamente igual desolación, un desencuentro de idiomas con distinta cifra. «Quizá las cosas estén buscando los orígenes», continuó, un tanto envenenada todavía por la mala peste de su cultura. Y volvió hacia otro lado su cabeza flotante, reemprendiendo la marcha. Por obra y gracia del nuevo programa nada podría inquietarla ya, ni siquiera la serpiente del mito, vieja y a no dudar sin colmillos, aunque con las pretensiones de renovar la intriga. No quería, siendo la poseedora de su propia noche, encontrarse en historias vividas después de tanto tiempo, y menos a sabiendas del final, el desgraciado capítulo moderno. Entrevió, a pesar de su desconexión hacia atrás, una escena cualquiera, el sueño simple de un hombre común con su confiado ronquido golpeando acompasadamente sobre la almohada. Otros iguales a él reproducirían la imagen, iban llenando la noche de la tierra con sus cabezas volteadas, al filo siempre lúcido de las mujeres despiertas. ¿Cómo podría atreverse nadie, pensó, ni el dueño mismo del paraíso, con ese ser cargado de sabiduría y de destino a cuyo través se entablaran tantas causas por una culpa tan remota, para culminar después velando a hombres dormidos?

Había, entretanto, vencido un largo trecho más. Eso continuaba siendo la única ventaja de devanar un historial absurdo que quizá no le incumbiera por completo. Claro que sin anudar los cabos, que era donde acechaba el peligro. «Peligro». Pronunció la palabra con desdén, como un pájaro balanceándose en una rama a medio quebrarse.

Iba ya a colocar el pie en un rectángulo cultivado, cuando descubrió la casa tal brotada de la tierra. Era una construcción baja, frágil, con su luna por encima como las que ilustran los cuentos. La puerta semifranca daba a la casucha de troncos un aire de invitación, a pesar de la tosquedad con que había sido resuelta. La mujer trató de penetrar colocándose de perfil, a bien de no denunciarse con ningún chirrido de goznes, y quedó sin más en el centro de un rectángulo donde parecían tener preso al sosiego. Por unos momentos le fue imposible continuar avanzando. Apenas si alcanzaba a vislumbrar las manchas claras de las ventanas laterales. Pero oía latir indistintamente dos vidas, cada cual en su propio juego respiratorio. Una, intensa, profunda, con el resuello del bosque. La otra, débil y entrecortada, tenía de tanto en tanto ciertos lapsos de inexistencia vecinos con la muerte. Luego un gemido de

trance agónico. Y de nuevo el soplo precario agarrándose del aire, como si lo escalara con las últimas uñas. Esa especie de contrapunto de dos sangres la guio hacia el centro. Al fin, adaptándose a la penumbra, pudo divisar a los durmientes. Se hallaban como fuera del mundo, con ese cansancio sagrado de los animales de labor que tienen por única tregua el derrumbe del sueño.

Aquellos brutos dormidos eran, en realidad, la expresión plástica de la indiferencia, quizá la misma que había quedado tras el bosque, los ferrocarriles, las calles con plazas y con tiendas que ella había dejado en la ciudad y que a puro olfato estaría segura de reconocer en cualquier parte. Esta vez, sin embargo, trató de tomar la iniciativa, tenderse del lado más vital y esperar las reacciones.

El hombre no se inmutó mayormente. Hizo un pequeño giro para integrar aquel triángulo, con un lado cayendo del otro mundo, que se le había cerrado sin buscarlo. Y continuó en el trabajo de sus pulmones, a cuyo ritmo había que adaptarse. Cada vez que él aspiraba, vaciando casi el aire de la cabaña con su soplo al revés, íbase ella también en el torbellino, le entraba en su caudal andando allí semiahogada como un insecto en las tuberías. Hasta que la vomitasen estentóreamente, para volver otra vez a lo mismo. Todo aquello, tomado con la inercia de un objeto liviano que se revuelca en la marea, constituía un juego formidable en el que la mujer hubiese podido estarse la noche entera, la vida. Pero que empezó a fracasar por su causa. Había dado en tocar el pecho desnudo del hombre. Tenía él allí un vello peculiar, implantado de través, duro y corto como cerda.

—¿Qué es, quién anda? —Logró decir el durmiente con la lengua como llena de hormigas.

—Yo, Eva —respondió la mujer secretamente, con la misma voz extraña para sí misma que había lanzado antes a los árboles.

El hombre quiso abrir los ojos. Pero los párpados se le cayeron a plomo.

—Antonia..., podrías dejarme tranquilo, ¿no?... —musitó con las palabras siempre enredadas en algo que se le oponía desde adentro.

—Horror, ¿de quién es ese nombre?

—El tuyo, maldita. Vamos..., dejarás ya... Te lo he dicho...

—No, yo no tengo ese distintivo pavoroso. Las hembras no deben llevar nombres que volviéndoles una letra sean de varón. Los verdaderamente femeninos son aquellos sin reverso, como todos los míos —dijo la extraña manteniendo el cálido secreteo sobre su oreja.

—¿Cuáles, que yo sepa? —preguntó él entonces, más adaptado ya a aquel diálogo en que la plenitud de su cerebro no estaba presente.

—Eva, Judith, Semíramis, Magdala. Y un hombre que soñó con mi pie, que le excedía en siglos, me llamó Gradiva, la que anda.

—Eva, Gradiva —repitió él agotando su escasa posibilidad de recordar solamente la primera y la última palabra de la serie—. ¿Qué rayos podrías querer? A largarlo de una buena vez o te derribo de esta cama —agregó, empezando a ubicarse en su grosera textura.

—No lo sé exactamente —respondió ella—. Ven, toca, estoy desnuda. Tomé mi libertad y salí. He dejado los códigos atrás, las zarzas me arañaron por eso. El bosque me lanzó el aliento a la cara, la serpiente quiso volver a intentar la sucia historia de la fruta. Eran las mismas cosas de antes, de cuando yo les pertenecía. Pero ahora tú estás solo conmigo, a pesar de ella respirando en esa forma tan extraña ahí cerca, tal una cosa que es tuya y no te concierne, así como fuesen tantas de las mías. Y yo quisiera saber cómo soy, cómo seríamos en ti las mujeres intactas que me habitan. Qué simple y qué difícil al mismo tiempo lo que te estoy proponiendo, ya lo sé, pobre querido mío. Pero no necesitarías entenderlo. Debe ser todo más dulce de ese modo, sin completar su sentido...

La voz de la mujer salía cálida y blanda como ceniza recién formada. Él la estaba sintiendo materialmente sobre su oreja al tiempo de percibirla oído adentro. Y de esa doble sensación brotaba lo otro, aquello tan fabulosamente extraño que le metían en el cuerpo.

—Mujer..., qué es..., tu lengua siempre arrollada hablando así... No lo parecería, Antonia...

—¡No, no, eso no! Si me tocaras sabrías que soy distinta. Si me aspiraras los cabellos, las axilas, verías que somos por todas partes dos mujeres —protestó ella.

El hombre, como quien está saliendo de los efectos de la anestesia, comenzaba ya a entrar en una agitación peligrosa. Iba a terminar comprometiéndolo todo, la paz de la leñadora y el amor a pleno sueño que le había caído sobre la almohada. Hasta que ella comenzó a sentir aprensión por la estúpida mezcolanza. Volvería a ocurrir lo de siempre, los bienes compartidos con miedo, el mundo del engaño y del robo, otra vez las inmundas ropas cubriéndola. No lo pensó más de un minuto. Echó rápidamente pie a tierra, atravesó la habitación derribando algo y se lanzó de nuevo hacia la noche que acababa de descerrajar su locura.

El leñador resopló despertando con todos los sentidos. Transpiraba desde la cabeza hasta los pies, tenía la boca seca y toda su sangre pululando en desorden como una rebelión de esclavos en un túnel. Se volvió del otro lado,

tocó con dedos torpes un cuerpo enflaquecido. Al igual que siempre, su mujer estaba y no presente más allá de toda necesidad, fría y sin respuesta alguna en su periferia. Pero esa vez el deseo del hombre había crecido de golpe como un río con lluvias en las fuentes.

—Antonia —le suplicó de pronto con voz ahogada—, dame tu cuerpo boca arriba, ha vuelto lo de antes, dámelo, dámelo.

Ella no obedeció, aun habiendo ya retomado a la superficie.

Entonces él comenzó a manejarla brutalmente, le hizo tomar la posición como a un animal agotado que no tiene voluntad ni fuerzas para resistirse.

—Eva, Eva, maldita tú y tus sueños. ¿Cómo eran los otros nombres que decías? Sí, ya ves, ahora quiero, puedo. Abrirás esas piernas, las separarás de una vez o tendré que cortarlas con el hacha. Ya, me dejarás hacer, yo no soporto esto —gimió con un torcimiento de angustia en todo el cuerpo apoderándose del diezmado resto humano.

La mujer, habituada ya a la luz lunar de la ventana, pudo al fin percibir el rostro de su hombre entre los rasgos desfigurados de un ser desconocido.

—¿Estás loco, Nataniel, has perdido tu sano juicio? ¡Dios mío! —Logró articular aún con su garganta hecha un nudo.

—Sí, sí, también eso —jadeó él entonces sin interrumpir su faena—. Lo que me decías cierta noche, ¿no?, hace treinta años, cuando dejaste el ramo de flores sobre la mesa y yo te desgarré el apretado vestido blanco. Esa vez supiste engañarme, a pesar de tu airecito mentecato. No querías entonces, ¿eh?, pero guardabas fuego dentro. Te duró poco, es cierto. Pero aquello sí que era calentura de verdad, vieja perra, tenías como brasas disimuladas bajo la pinocha, zorra maldita. A moverse aunque sea una sola vez como entonces, pues... Sería capaz de matarte para que lo repitieras antes de morirnos... Aunque ahora, ya ves, te lo pido como un desgraciado, lo soy al punto de lamer los huesos donde he acabado de clavarte las uñas, solo para que intentes parecerte a la de aquel día...

El intocable recuerdo, pensó la infeliz criatura con temblores supersticiosos, el que nunca debería ser profanado ni por ellos mismos. Quiso desasirse un poco para defenderlo: guardaba todavía las flores apolilladas y el traje roto. Pero él la atenaceó más fuertemente aún, impidiéndole hasta eso, la custodia de un minuto perdido en los recodos del tiempo. La hendía a golpes de sexo como si esgrimiese el hacha contra un árbol. Y ese trance de muerte en vida era terrible para la mujer, fría e incapaz de lumbre igual que leña mojada, apenas si despidiendo un humo de protesta.

—¡No, Nataniel, basta ya, que me duele en lo hondo! ¡Tú siempre lo supiste, que me duele ahí! Dejarás de una vez, criminal infame —se oyó gritar a sí misma con asombro, como si su garganta no le perteneciera.

Pero el hombre continuaba en lo suyo, sordo y solitariamente preso en su red, sin más ley que la del angustiado forcejeo. Le era externo y ajeno lo demás, incluso lo inerte y dolorido de la nieve que estaba hiriendo. No había ya lugar para la piedad. Solo su especie de aniquilamiento a ciegas, las resinas finales de la antorcha que se le había ido gastando sin darse cuenta. Y todo eso como independiente de sí, más allá de sus propias decisiones, con la fatalidad de los declives. Se dejó rezumar gota a gota, en breves intermitencias de desesperación y de triunfo que él expresaba a su manera en la intransferible jerga de otras épocas, recuperadas a fuerza de actuales sacrificios. Entonces, tras la conmoción total, cayó de través, inconsciente, húmedo, perdido. Solo después de algunos minutos pudo remitirse a las palabras comunes:

—Antonia, ¿realmente tú has hablado conmigo a medianoche, antes de todo esto?

Tenía una voz distante, como si saliera de otro ser más humilde, más acostumbrado al límite que el de hacía unos minutos.

—Voy a preparar una taza de tilo —dijo ella por toda respuesta, ahogando el odio en el oficio de servir como un animal envejecido.

Se arrojó a pie descalzo, encendió la luz, empezó a mover cacharros. El hombre, entretanto, vuelto a la posición normal, contemplaba el techo. De pronto, hastiado de aquellas vigas que hacía treinta años estaba recontando sin que nunca faltara ni sobrara una, se tiró boca abajo en la almohada. Y así, de golpe, como una piedra en la ventana, un grito primitivo, bestial, hizo vibrar hasta el último objeto perdido de la casa. Sí, él había llegado a saber por un sistema tan simple de conocimiento como el de la nariz que un ser encadenado a la realidad por tantos años de grilletes podía soltarse en un segundo los hierros viejos. La maravilla era su sombra sin presentirlo él ni nadie. Había vivido amancebada a lo largo de su cuerpo sin ser vista, como una rosa funeraria que echase raíces sobre el vientre de un difunto. Y él era el que se levantaba de entre los muertos para olerse, para oler esas flores que tenía aún completamente vivas encima.

—¡No, mujer, ya no quiero brebajes! —gritó incorporándose en la cama—. Ella, no sé quién, pero ella de verdad, estuvo aquí a mi lado. Y por si no lo creyeras, no te quedes haciendo el espantajo de huerta, mejor será venir hasta aquí, doblarse sobre estos trapos. ¿Es acaso el sucio humo de tu pelo? A ver,

¿qué tanto miedo de curvar el espinazo? ¡Olerás, desgraciada, olerás, y luego habrás de reventar de una vez dejándome solo con esto!

Volvió a hundirse en el hueco como queriendo devorar a la ausente. Por instantes, la furia de sus pulmones le hacía perder el rastro de la esencia. Entonces empezaba a aspirar en suavidad, como nunca lo habría hecho con nada en su rústica vida. Pero la mujer no intentó siquiera comprobarlo. Se había quedado mirando estúpidamente la escena con el tazón en la mano. Hasta que no pudiendo seguir frente a la historia de locura que profanaba la choza, aflojó los dedos, lo dejó caer al suelo. Fue aquella realidad haciéndose añicos lo que terminó por aclarar las últimas dudas del hombre. Se había roto algo, él acababa de oírlo. Los fragmentos de loza menudeaban en el piso, imponiendo la evidencia como esquirlas que se clavasen en el cerebro. Y, mientras tanto, el olor de la hembra soñada encelándolo desde allí cerca, sin poder él ni hundir los deseos en la almohada ni quitar la tentación de sus repliegues. Saltó, de pronto, de aquel infierno, abrió la puerta hacia la noche ya en el filo de la madrugada, y comenzó a gritar entre los árboles: ¡Eva, Eva, Eva!

Nuevamente sobre la senda blanduzca que separaba los árboles del río Rebeca Linke dejó a su espalda la cabaña sin volverse hacia atrás una sola vez, ni para verificar la existencia real ni para dolerse del fracaso en que estaba implicada. Había sido huésped de la choza, y deseado y hasta exigido algo que no supieran darle. Pero lo que iba a contar en adelante como signo de la aventura no era la frustración de los demás, sino la intensidad con que ella les golpease en su impotencia. Así se reiría en adelante de ciertos mitos. El hombre no había alcanzado a tocarla, y sin embargo ella no se encontraba virgen de los ardores de su entrega. Poner o no poner la sangre en el desear, eso era todo. Pero ni tal descubrimiento logró desdibujar su nuevo estilo. Desde que no tenía conciencia de molde convencional no se encenagaba. Qué invento inútil la conciencia, pensó. Hubiera podido darle otras bases a esa creación terrible fundándose en sus actuales datos. Mas para ello iba a ser preciso teorizar, reducir el estado personal a normas compartidas o rechazadas, pero siempre reglas a transferirse para el uso del término medio. Y empezarían de nuevo el falseamiento, la angustia de convencer, aquel estúpido juego doméstico de la pobre gente.

El ruido ya cercano del agua terminó reconquistándola. No tenía prisa por llegar a ninguna parte y se tiró de bruces sobre la arena. Los pechos le pesaban dolorosamente, con el rasguño de las ramas que la habían interceptado. Pero seguía sin problemas por lo físico. Su persistencia era

como la de ciertos recuerdos que terminan llamando vanamente en el alma viuda. Desde ese estado plácido volvió a rememorar el episodio del leñador, la belleza madura e ignorada de sí del hombre, los cerrojos en que viviría aun sin creerse prisionero. Luego la torpe confusión de los cuerpos en que había caído, manoteando en el aire la desgastada realidad de un nombre sabido de memoria, mientras ella le desplegaba en la oreja aquel abanico de mujeres difíciles. Rio abiertamente a causa del contraste. Pero los capítulos con que se recomponía la historia eran esta vez, por suerte, más confusos que los de unos minutos antes, iban perdiendo el relieve, borrándose y superponiéndose al tiempo de alejarse del punto de origen. Hasta que el nuevo personaje que reptaba a pocos pasos de su cuerpo cobró una presencia tan definida como para desalojar los últimos restos.

Visto aparecer así, de golpe, el río le sugirió algo más de lo que emanaba de la definición corriente. Un largo ser vital acostado sobre su espalda y sobrellevando eso tan solitariamente indescifrable que disuelve su médula. Se incorporó, empezó a andar sobre los guijarros de la ribera, aun comprendiendo que, como elemento extraño a aquel aparte del mundo, ella era un verdadero escándalo. Veía saltar intrépidos seres desde la maleza. Uno describió en el aire su parábola perfecta y cayó al agua llenándola de círculos. Le pareció, sin embargo, a pesar de aquella apariencia de mansedumbre, que no terminaban allí las cosas. Debería estar produciéndose algo que fuera el fin de otro algo. Pues en tanto que ella avanzaba como a puntas de compás hacia un lugar sin nombre, el río la seguía cada vez menos olvidado de sí, menos casto y desentendido que en el primer momento. Acusaba una especie de nerviosidad animal, un desasosiego doloroso invadido de cierto rehusamiento. Empezó a preguntarse el porqué. Pero ni ella ni el otro podrían acertar en el diálogo. Quizá él estuviese deseando verla alejarse, vivir a solas un secreto que ni ella ni nadie tendría la capacidad de reflejar en sus ojos móviles. Fue en ese punto cuando cayó en la cuenta de que estaba amaneciendo sobre el agua. La mujer tuvo un resabio de miedo por el descubrimiento. Su desnudez, su libre determinación habían comenzado con la noche y sin mañana previsible. Pero ese mañana con sol se hallaba a punto de cuajar, y ella no tenía a mano argumentos para la luz, siquiera en memoria del pasado que tampoco contaba. Ni nombre, ni procedencia, ni explicaciones que irían a conducir siempre a lo mismo, esa trilogía esclavizante.

A sus espaldas, pensó mientras continuaba avanzando, las cosas deberían insistir en sus esquemas, repitiéndose hasta gastarse, pero sin que se intentaran nuevas fórmulas para sustituirlas. El hombre borroso de la cabaña.

Lo entrevió por última vez como a un fantasma en la bruma. Quizá hubiera despertado del todo. Ella había derribado algo al salir, dejando luego abierta la hoja. A causa de esos indicios no podría seguirla confundiendo mucho tiempo con su sueño. Pero hay una sola manera de decir «¿y a mí, qué me importa?». Como un muchacho al que su padre ha castigado y quiere retribuírselo, le hizo al capítulo del bosque ese levantamiento de hombros que debe de ser el signo universal del desprecio humano. Y siguió andando en el aire lechoso que se le venía encima.

Era un individuo bajo, macizo y de cuello corto, que empezaba a blanquear desde el cabello color paja hasta la barba y los pelos del pecho. La furia de la búsqueda había rameado de sangre sus ojos azules y un sudor animal pegoteado de tierra y pequeñas hojas le embadurnaba el cuerpo.

—No, Nataniel, no insistas, te lo suplico, con ese sueño ridículo —decía la leñadora persiguiéndolo como su propia sombra.

Pero él persistía en correr por el bosque, dándose de cabeza contra los árboles, abatiendo las ramas que le cortaban el paso. De su garganta reseca salía un gemido de perro tras la pieza, acosada no sabría decir por qué especie de demonios sueltos. El tronco de un árbol derribado el día anterior lo hizo caer en un claro. Se incorporó más por la fuerza de los juramentos que por el impulso físico y retomó los hilos de su insólito rastreo.

—Debió de buscar refugio aquí en la noche —dijo—. No hubiera podido entrar al río ni cruzar el campo tal como recuerdo que iba, como me dijo que estaba, al menos, en cueros. ¿Para qué, hacia dónde?

Con desprecio y con rabia vio acercarse de nuevo a su mujer. La cubría un miserable vestido suelto color tierra. El cabello grisáceo, apenas sujeto con un moño en lo alto, hubiera podido darle desde lejos una vaguedad de cosa irreal, emparentada con la corteza de los árboles. Pero no; ella se traía un propósito ciego, algo relacionado con su misma destrucción, aproximarse, mostrar sus ruinas compartidas por la fuerza. Hasta que ya no hubo forma de atajarla. Se completó de golpe ante los ojos del marido, justamente en el segundo en que la otra imagen le acababa de rozar la cara con su cola meteórica. «Es como la marca de un cuadro en la pared, cuando ya nadie puede recordar cómo diablos sería el retrato —gruñó escupiendo lejos el individuo—. Pero no hablará, por suerte no acostumbra, supe quebrarla a tiempo hace ya muchos años», terminó monologando mientras buscaba asiento en el árbol caído.

La miró boquiabierto. Por un breve segundo del asombro, tuvo la revelación de que recién acababa de saberlo, que no había presenciado él ese proceso que descompone a un ser tan ferozmente, sino que estaría cayéndole

de golpe, quizá desde algún planeta en desalojo, el resto de humanidad que tenía delante.

—Sí, Nataniel, no lo dudes —dijo ella con voz de abuela, sentándose a su lado y poniendo una mano sin peso en la rodilla del hombre—. No ha sido sino un sueño. Despertaste esta madrugada haciendo locuras, cosas que avergüenzan solo con su recuerdo, Dios mío. Pero ahora es el sol que sale. Y tú y yo nos encontramos aquí, bien despiertos, sobre este árbol que derribaste ayer con las herramientas de siempre...

No lo hubiera dicho. El desconocido que ella pretendía reducir a fuerza de contactos de amansamiento se incorporó de golpe encaminándose en dirección al hacha, la tomó entre ambas manos y se enfrentó a la aterrorizada niña vieja que estaba tratando de meterlo en la cordura. Sí, debería saber, le gritó con la garganta reventada por el esfuerzo, aprendérselo de una vez por todas, que jamás podría ya desmentirlo, al menos si no buscaba podrirse bajo las hojas secas del bosque para que él siguiese tras las huellas de lo que había perdido. Y volvió a recomenzar su monólogo, ahondando el hoyo de desesperanza en que se iba hundiendo el ser más próximo con cada palabra en que reconstruía el perfil del otro: «Eva, Eva... Sí, yo sé ahora que tu perfume era distinto, principalmente en los sobacos y en el pelo, donde guardabas la maldita mezcla de tu propio olor con el de las flores machacadas que traías encima. Tú me incitabas a que oliera, a que rememorara todo eso con mis puercas narices de hombre enterrado. Y después lo demás, tus dedos en mi pecho. Y los nombres que no recuerdo, aquellos nombres sin vuelta de varón que echabas en mi oreja con tu voz de cuarto cerrado, mi linda, mi querida perra de juventud, mi puta dulce de otros tiempos...».

Rebeca Linke se detuvo bruscamente. Una especie de figura humana parecía haberla descubierto desde lo alto, clavándole los ojos. No en el estilo habitual, según percibió enseguida, de confundirse el que mira y su objeto, sino como al revés de un espejo, escamoteando la comunicación del resultado. Pudo por fin reconocer a la mujercita. La habían puesto en aquel nicho absurdo sobre un poste, la casa sin puerta orientada siempre hacia el mismo punto, como si el sol y la luna y las flores del lado de atrás no contasen. La sonrisa perenne con que la Virgen parecía aceptar la penitencia la hizo imaginar con terror que fuera su cara de otros tiempos la que estaba mirándola desde arriba y su propio cuerpo el inmovilizado. Volvió el rostro hacia delante y comenzó a atravesar el campo.

Fue desde entonces cuando se abrió para ella la verdadera zona de peligro. Esa área sin relieve y la luz creciente la estaban convirtiendo en un blanco

perfecto, sin posibilidad de escape, cuando dieron en surgir los hombres a los lejos. Se los veía aún minúsculos, sentados en una rastra de un solo caballo. La aparición, a causa de su simple lógica, sorprendió apenas a la mujer. No lo mismo en cuanto a los hombres, o a lo que pudieran divisar en el campo recién amanecido. Ninguno de ellos ignoraba, por ejemplo, que jamás había existido árbol ni cosa parecida en cierto lugar, justamente donde acababa de nacer uno. Detuvieron la rastra para enfocar mejor y echaron de ver que aquello se movía como si desplazara sus raíces. Volvieron a andar. El árbol empezó a clarearse, nevando para él solo en pleno verano. Y así, a medida que el objeto fantasma y ellos tendían a juntarse, resultaba cada vez menor el número de palabras que puede articular una boca abierta, con su pequeña formación de saliva seca en las comisuras.

Los dos individuos eran, según todas las apariencias, hermanos gemelos. Igualmente rubios, medianos de cuerpo y con una mirada embrionaria que les daba un aire bobalicón de seres inconclusos. Fue con esa vista crepuscular de tiro corto, acompañada de cierta tirantez de cuello como para aumentar el alcance, que les vino a caer en suerte el descubrimiento: ¡una mujer desnuda en medio del campo! Se quedaron inmóviles, con los pescuezos tendidos al máximo. Ni árbol ni fantasma. Era una criatura femenina de verdad, con el pelo largo suelto y los brazos caídos.

Cierto que todo hombre, al menos en una circunstancia especial de su vida, muerto de aburrimiento, loco de deseo, herido de adolescencia o de cualquier cosa, habrá pensado que eso pudiera ocurrirle. Una hembra espectacular como aquella surgiendo de la tierra, o del lavabo, o de la ventana de enfrente, para ofrecer así, como inmolándose, lo que el hambre y la sed de consumir otro cuerpo es capaz de inventarse. Pero distinto si ocurriera como en este caso, martillando el cerebro con su insólito realismo desde el vientre hasta las uñas, y con aquel algo que había en sus ojos oblicuos mirados de cerca, como una luz tironeando hacia dentro. Estaba fatigada y hecha un mapa de rasguños. Pero qué prodigiosamente diáfana sobre la tierra oscura, pensaron los palurdos de la rastra sin saber o sin querer confesarlo, y qué llena de paz y de confianza a pesar de su desafío.

Ella se los quedó mirando tiernamente. Parecía comprender la dureza de sus lenguas con una especie de repetición de la experiencia, no en cuanto a la actualidad que casi la nivelaba en edad con ellos, sino a un sinnúmero de evoluciones anteriores en otras vidas.

—Y bien, ¿puedo atravesar este campo? —dijo al fin con humildad, más para reanimarlos que para solicitar ningún permiso.

Su simple metal de voz, la primera prueba de veracidad que les ofrecía, fue lo que desamarró las últimas resistencias de los sujetos. Por toda contestación saltaron con la agilidad de dos gatos monteses, uno a cada costado, y echaron a correr hacia atrás sobre la huella dejada por la rastra, sin marca bajo el pie, como azuzados por el diablo.

La mujer quedó completamente sola frente al caballo. Colocado entre ella y la fuga de los individuos, el animal se transformó de pronto en la síntesis de todo lo existente. Nunca hasta entonces había mirado y sentido uno tan de cerca. Su pelo color paja, el olor genésico, un tanto pútrido, la humedad de los ojos y el belfo, se le hicieron la concreción más absoluta de la vida. La estaba viendo latir en todo el cuerpo. Bajo la piel sudorosa de la bestia cruzaban zonas alargadas de ese temblor donde los ritmos cobran una mayor impaciencia. Pero él se había quedado allí, inmóvil, esperando no se sabía qué, desconectado de aquel fluir interior como si le fuera desconocido. Lo liberó con torpeza. ¿Por qué es uno tan incapaz de hacer esas cosas, o tan duro el sistema? Se lo iba preguntando al animal en cada detalle del proceso, como si desnudara por primera vez a un niño de pecho. Vio, de repente, la sangre. Estaba a flor de piel en una llaga formada por las correas. Una mosca la descubrió casi tan pronto como ella y fue a clavarse en el borde de la úlcera. La mujer sintió asco por la succión interminable. Pero un asco que no alcanzaba a impedir que siguiese mirando. Sabía que ellos iban a volver, que habían retrocedido en busca de algo firme donde apoyar su miedo para dárseles luego de valientes, sacando el hundido pecho como si se les hubiese insuflado por milagro. Pero ni en la certeza de que el tiempo se le estaba escapando le era posible quitar los ojos de la herida, aun con la rivalidad de la mosca en su desposamiento desesperado. Claro que sería un regalo demasiado fácil entregárseles, de acuerdo con la indudable descripción de los mellizos: su desnudez, su inferioridad ante el número y lo que ellos ignoraban aún, las remotas causas de su desplante. Agrandada por el sol y la avidez de la mosca, la llaga parecía excavar, sin embargo, una especie de foso delante de sus pies, impidiéndole cualquier movimiento. La besó en un arranque incontrolado. Apenas le quedaba saliva bajo la lengua, pero pudo juntarla para aquella especie de ofrenda ritual que nunca hubiese comprendido en otros tiempos. Fue en la mitad de su entrega cuando volvió a golpearle la conciencia del riesgo.

—Vendrán, ¿no es cierto? —preguntó al animal acariciando la zona dolorosa que bordeaba la carne viva—. Sí, fuera de toda duda —continuó dejando desgranarse el plazo— serán muchos pares de ojos como los de ellos,

y querrán entablarme un juicio desde esa penumbra, desde esa estupidez que les sirvió de vanguardia.

El animal la miró interrogativamente por debajo de sus pestañas rubias, un poco grises, como una cortina vieja que ya ha olvidado la costumbre de quitarse el polvo.

—Pero no, no puede suceder, no temas —continuó ella respondiéndole—. Me les escaparé aunque sea por el atajo más atrevido, el que lleva a guarecerse junto a sus mismas espaldas.

Hubiera querido confiarle algo más concreto, el esquema, siquiera, de su estrategia defensiva. Pero las cosas terminarían precipitándose a un terreno que le estaba vedado. A causa de sucesos difíciles de evocar, no tenía a su disposición las ideas en serie que sirven para generar actos también en fila india, con el fatalismo de los hormigueros. Había que gobernarse según el sí o el no de las determinaciones, razonó sin mucho utilizar el análisis. Volvió aún a mirar al animal, en pleno goce del imprevisto. El ruido de sus dientes cortando el pasto era la única forma de atestiguar que el orden simple de los hechos estaba intacto, que ella no había desbaratado sus planes primitivos.

—Si todo marcha bien, como un planeta en su órbita, es porque Dios asiente la cosa, sea lo que sea —argumentó ante nadie, mientras se alejaba decididamente con intenciones de ganarles a los otros el tiempo perdido.

Su escandaloso amoralismo, como un ácido sobre el oscuro residual de un taller de joyero, iba devorándose lo inservible antes de que pudiera empinarse. «O esto es el sol de verano, o el oro que aparece al final de la operación», habló para sí ya en plena carrera, como una yegua blanca, viendo desplazarse en sentido contrario el campo caliente.

Para entonces, la población entera había sido puesta en estado de alarma. El aflautado gritito histérico de los hermanos fue desapareciendo en las voces del caserío que se abrió de golpe como si algo sobrenatural lo hubiera sacudido por lo bajo. Eran unas pequeñas viviendas no carentes de gracia, a pesar de los jardinillos convencionales todos con su árbol delante y de la ingenua disposición de damero tirado a regla. En conjunto, parecía haber nacido al mismo tiempo, respondiendo a una necesidad colectiva, cierta urgencia que no permite distraerse en banalidades urbanísticas. Al frente los campos de labor, con cierta pulcritud de cromo. Detrás, formando parte de la vida familiar de cada grupo, los establos. Transcendía de allí el olor personal del pueblo, un vaho de maternidad, leche, paja y estiércol del que era imposible liberarse. Luego, y separados de estos por un camino casi sin hollar, pues la calle principal que desembocaba en la estación del ferrocarril

distribuía casi todos los accesos, se encontraban unos huertos salvajes pertenecientes a otra generación muy anterior de moradores, de los que se tenían pocas noticias. La gente nueva toleraba su inutilidad sin decidirse ni a talarlos ni a concederles cuidado, más bien como una reserva para el crecimiento futuro. Fue en aquella sucesión vulgar de circunstancias, donde nunca ocurriera nada fuera de ordeñar las vacas y transportar los tarros al tren lechero, sembrar, casarse y tener hijos que harían después las mismas cosas, incluso ir el domingo a la iglesia, morir, continuar pasándose el apellido, donde prendió la noticia de los gemelos, que nunca habían sido portadores más que de su pobreza de espíritu.

Uno, el primero en ser tocado por la novedad, tuvo la precaución de tomar la horquilla de peinar las parvas. Lo importante de aquel acto desmedido fue el ejemplo. De cada puerta, de cada predio de ordeño salían otros hombres sin llevar nada consigo, de acuerdo con la naturaleza del asunto. Pero viendo a los vecinos armados corrían también al interior para volver empuñando la azada, la pala, los rastrillos, cualquier cosa contundente. Salían luego con el arma al hombro, gritando, empujando hacia adentro a las mujeres y los niños. Cierta instinto primitivo les advertía de que habían sido convocados a una guerra privada, en la que el sexo opuesto o la inmadurez solo servirían de estorbo.

Pronto quedó integrado el ejército bárbaro. Eso fue lo importante: salir con el empuje de la masa a intentar una aventura que, si a fin de cuentas era personal, dada la calidad indivisa del botín, podía muy bien socializarse como tantas otras, adquiriendo el matiz popular que las hace justificables. El trayecto, por otra parte, sirvió más y mejor a la necesidad de irse conformando a una apariencia solidaria. No se sabía bien aún ante qué juez, pero indudablemente contra cierto temor que les iba mordiendo los talones, aunque sin impedir que las cosas prosiguieran su curso.

Llegaron, por último, al epicentro del fenómeno, que era la rastra detenida, y donde esperaban encontrar a la forastera en la actitud femenina de la vergüenza, con las manos cruzadas sobre el pecho y los ojos suplicantes. Pero lo que hallaron en su lugar los dejó de una sola pieza. Las miradas de tiro corto de los mellizos, sus cuellos tendidos a más no poder, dieron la nota del pasmo colectivo. Ni cuadro de pudor ni oportunidad para hacerse los santos. Si acaso, y como dato más bien contradictorio, el gesto hombruno de liberar al caballo que comía a toda mandíbula, espantándose las moscas con la cola. Sin embargo, y pese al pequeño desastre íntimo de cada fantasía individual, fue solo desde entonces cuando la anécdota cobró su verdadera

materialidad, el relleno de sustancia creíble que le faltaba. La mente soñadora de los mellizos no podía haber quitado los arreos a la bestia porque sí, para atrasar en una jornada el único trabajo de que eran capaces, echándose encima el saco de piedras de la burla.

Uno de los hombres del grupo, experto en lecturas policíacas (muy a menudo el ferrocarril le dejaba el misterioso paquete de libros), se abrió paso hacia la trailla pronunciando unas palabras que nadie comprendió, pero que debían de estar relacionadas, según pensaron los más listos, con algo vedado para la mayoría. Lo dejaron acercarse del mismo modo que cuando alguno dice «soy médico» y adquiere los mejores derechos frente al accidentado que se halla boqueando en el suelo. El individuo, consciente de su repentina importancia, se puso a examinar el trasto primitivo, un modelo de rastra de madera por donde debía de haber empezado la evolución de la línea. A pesar de la tosquedad del implemento, y como si le hubieran surgido de golpe significados secretos, iba deslizand la mano por cada una de sus partes, escudriñando las juntas, los remaches. Todo con un tacto especializado, diferente al manoseo vulgar del que solo se sirve de los objetos para sacarles provecho. Aquel despliegue del oficio analítico parecido al de un ciego tuvo la virtud de despertar en muchos la sorpresa de un descubrimiento. ¿Era así verdad que el más ínfimo de los chismes de labor, una rastra de dos centavos, podía estar constituida de acuerdo a un plan, a una inteligencia capaz de comportarse del mismo modo, como cuando se fabrica un arma, una mesa, una ordeñadora, cada una de cuyas partes tiene su razón de ser y obliga a repetirse? El investigador, ausente del capítulo de admiración que habían abierto algunos por primera vez, se inclinó de pronto haciéndose todo ojos para un punto determinado. En el eje horizontal de la especie de respaldo donde se amarran los atalajes del tiro, y preso en uno de sus ángulos con los tableros verticales, había algo diminuto que brillaba al sol con insolencia, la punta de una uña femenina esmaltada en rojo. El hombre extrajo la miniatura con la misma delicadeza con que los relojeros toman el pelo de la cuerda. La puso después en exhibición sobre la palma de la mano y acabó envolviéndola en la punta del pañuelo.

—Prueba de torpeza femenina en el manipuleo de los tiros —comentó desde un plano superior al resto de los mortales, que habían quedado boquiabiertos ante la eficacia del método.

En realidad, todo aquello se trataba de la primera experiencia de tal naturaleza que les tocara presenciar de cerca. En medio de su falta de situaciones extraordinarias, era una especie de función de ilusionismo

improvisada al aire libre, y quién sabría con qué otras sorpresas. Pero la admiración no consiguió mantenerse más allá del asombro momentáneo.

—A fin de cuentas, más y más tiempo perdido en andar olfateando porquerías sin valor —denunció uno del grupo con voz de acólito o de sacristán, que se había llevado el hacha de encender las velas.

El mal talante y el físico exprimido del individuo los empujaron casi por temor a continuar la rebusca. Y empezó el desbande en forma diversa, por unidades, grupos autónomos, teorías afines nacidas en la primera parte del trayecto. Iban hacia el río, el bosque, las parvas incendiadas un poco antes en el límite con las vías. El sol, entretanto, continuaba subiendo, hincando fuerte sus dientes amarillos, como dijo uno dirigiendo hacia lo alto algunas blasfemias que no fueron muy festejadas por los demás, a causa de cierto olor a pecado que se estaban sintiendo mutuamente.

—El sol no es nada, llega a un punto en que ya no c... fuego —comentó un hombrecito que no había cesado de temblar en todo el episodio—. Pienso en mi mujer, maldita sea, en lo que sería capaz de hacer si la otra llegara a casa en estos momentos a pedir alguna ropa, o por el cuarto de baño...

—¿La tuya, solamente? —comentó el más próximo soltando una carcajada que hizo allegarse a algunos curiosos—. Vaya, qué idea. Solo la mujer de él, dice. Todas, hasta aquellas que tuvieron la gracia de dejarnos viudos y estarán ahora arañando la tierra para salir a sacarle los ojos con las tijeras que se les fueron un día de las manos o para echarle leche hirviendo por encima —terminó, olvidándose de su llanto por la finada, cuya duración había conmovido al pueblo por un tiempo bastante largo.

El hombre tuvo por unos segundos la sensación de que acababa de deshonorarse, entregándose a una condena que iba a llover en adelante sobre su cabeza con tanta abundancia como los consuelos anteriores, aquellos benditos pésames que le continuaban cayendo hasta cuando ya no lloraba. Pero no era así. El sucio tipo de negocio común en que estaban tomando parte había sido capaz de algo tan grande como eso, hacerles concebir el minuto en que se termina la viudez, o en que esta empieza a ser solamente un estado civil para llenar la fórmula de los interrogatorios. Y aun eso era poco, comparado con otras mangas más anchas. Ver, por ejemplo, que alguien revisa detrás de una pequeña mata, como si lo que se busca fuera una perdiz o un conejo, y no lanzarle una piedra o echar sobre su nuca una carcajada. Al contrario, alguien lo imita sin asomo de burla, solo por piedad, y entonces el pobre diablo experimenta menos vergüenza por lo que hizo sin pensar, y sigue andando.

Transcurrieron de ese modo las horas de la mañana, culminadas en el primer desencanto. Al filo del mediodía regresaban a las casas quebrados, sudando grueso, a comer sin mucho mencionar el asunto. Había una sola cosa cierta: ella era tan real como su pedazo de uña, pero inhallable.

Volvieron por la tarde a continuar la búsqueda. Para entonces, la mujer desnuda estaba en todas las bocas. El comisario, el cura, el médico, los chicos de la escuela pedían o inventaban datos. Es claro que nadie iba a pensar en encontrarla casi en sus propios dominios, los huertos viejos. Tenía que haber huido, era necesario continuar abriendo el abanico hacia los costados y el frente.

Y no se atrevieron a reenganchar el caballo a la rastra. En cuanto al hombre de la uña, depositó la prueba de indicios en el pequeño puesto de policía.

—No cierres esa, sino la del cuarto de los niños —dijo con malhumor el hombre, quitándose la camisa hecha una bola de trapo caliente y arrojándola lejos.

—Pero, Juan, se trata de la puerta de calle, la que tú mismo no dejarías nunca de revisar todas las noches antes de acostarte por si yo olvidara asegurarla —se atrevió a insinuar la mujer, con cierta candidez artificial de máscara que había adoptado para las circunstancias actuales.

—Dije ya antes que esa no, sino que solo la entornaras —gruñó el individuo apretando los dientes en las últimas palabras—. Llave a la de los chicos, dos vueltas, dos vueltas, o diez, o veinte. Y que se termine de una vez. No gastaremos la noche en este juego estúpido, no amanecerá sobre la discusión del asunto de las puertas.

Estaba ya desnudo de medio cuerpo arriba y se había sentado en el borde de la cama, de donde le era posible dirigir la operación cerrojo, algo tan nuevo en la vida común que no contaba con antecedentes. Aunque sí con fuerza expansiva como para viciar el aire de la casa, borrando hasta el olor de la cena recién terminada.

La mujer, a través de la sucia atmósfera sustitutiva, cayó por unos minutos en la observación de su hombre como si nunca lo hubiera visto. Mostraba una luminosa y rojiza mata pilífera en el pecho, y también tendía a ese color el cabello, aunque bajando al tono del rubio. Del cuerpo delgado y joven de siempre, pensó, del terciopelo de sus pelillos, no parecía emanar la fuerza de las órdenes que estaba impartiendo. Pero ocurría algo extraño, ajeno quizá hasta para él mismo como protagonista del suceso. Y era que la voz de mando de última hora le hiciese transfigurar el conjunto físico, como en una especie

de crecimiento interior desmedido hasta cierto punto monstruoso, prestando al final una fuerza que no se originaba en el cuerpo visible, aunque atravesándolo. Es claro que todo aquello era como un pasaje vedado en materia de palabras. De obligarla alguien a expresarlo de viva voz, hubiera necesitado un léxico de novela, como el de las que solía frecuentar en su adolescencia, admirándose entonces de la combinación de mosaicos o vidrios de colores que podía conseguirse con base en los elementos tan simples con que otros se arreglaban para decir las cosas. Pero terminó, eso sí, formándose una idea en lo esencial, las causas del fenómeno. Y ello no como cosa de folletines, precisamente, sino de la verdad que a uno le toca vivir de un momento a otro y con la que se escribirían relatos extraordinarios. Desde luego que ocurriría lo mismo en las demás casas del pueblo, conjeturó al fin sombríamente. Dejar la puerta entornada por si acertaba a allegarse la hembra maldita, buscando asilo, pan honesto, lecho blanco. Bien lo sabía ella, la mujer de Juan, como todas las demás, casi alcanzó a decir en voz alta animándose a escalar el cerco del estilo, que la congénere desnuda se hallaba convertida en la obsesión de un día largo, que el resto de los hombres, aun los más rústicos y calmados, habían vuelto a sentir la vieja nerviosidad, como sartas de ranas enhebradas en un alambre. La descripción de los gemelos poseía una falta de relieve tan de acuerdo con sus lisos cerebros, que era por lo mismo capaz de responder a todos los sueños personales. Una mujer desnuda por completo, con voz dulce y pelo suelto, habían repetido miles de veces. No, no era de la clase ordinaria, contestaban a otras preguntas más directas, tenía uñas rojas y cuello fino. Los datos, por su simple idiotez original, dejaban completamente libre el esquema de cada uno. En eso, en la imagen sumergida —masculló todavía sin desclavarse del sitio— eran distintos. Pero fabricando la misma traición de que todas estaban siendo víctimas. Miró una vez más hacia el hombre, que parecía haberse vuelto de piedra. Los codos apoyados sobre las rodillas, la cabeza entre las manos. («Un mundo de calidoscopio por dos centavos. Sí, eso había sido todo, costando aquellas pocas monedas de hacía años, las monedas que podían guardarse en una botella. Y, sin embargo, qué gustos diferentes, qué colores, qué vértigos perfectos los de la deliciosa soltería»). («Yo no sé lo que piensa él ahora, no podría arrancárselo. Un pensamiento así no es la hiel de la gallina, que se quita cuando el pobre animal está abierto como una calle levantada para las cañerías del agua»). Al margen del desconocido contrapunto de la pareja, el hombre volvió a gustar, a mirar cada unidad de tiempo de un pasado que se había hecho humo de un día para el siguiente, convirtiéndose en esa tarea

mortal de gusano que pulula en el queso, siempre inmerso en el mismo olor, el mismo sabor, el mismo destino del otro que se reprodujo al lado. Hasta que un día viniera ella a las vecindades a traerlo todo de nuevo, a mostrar que el queso podía abrirse, aventar a los esclavos repletos, mandarlos a hambrearse al suelo, a morir comiendo tierra si no había más remedio, pero aspirando, paladeando, viendo todo lo que ella, una mujer sin ropas que se pasea al sol, traería del paraíso. Se quitó, de pronto, las manos de los ojos quedándose unos momentos como suspendido en la atmósfera. Pero ya era mucho jugar, pensó reaccionando, un gesto que no se lo perdonaría mañana, acostumbrado a tabularse con el tiempo de cada quehacer en la vida que le habían adjudicado.

—¿Y tú, qué estás haciendo ahí, infeliz, a qué diablo condenando? ¿Y yo qué espero, como un lisiado, que acaben de desvestirme? —gritó de repente incorporándose—. Te he hablado de puertas, creo, y no de las moscas o el polvo del aire.

Se quitó con furia el pantalón, o más bien emergió él totalmente de la última prenda. Tenía unas caderas firmes como el resto del cuerpo, aunque también delicadas, a despecho de la impostación grotesca de su voz de última hora.

—¿Pero por qué, Juan? —se atrevió a preguntar ella de nuevo sin soltar la careta de niña boba—. Podrían llorar, como lo hacen muchas veces, y nosotros aquí, sin oírlos. El bebé, ya lo sabemos, predispuesto a la hernia...

Pero antes de que pudiera terminar con el último argumento femenino, los males del bebé, cayó en la cuenta definitiva. Basta ya de esos trucos para con el hombre perdido. Toda mujer comprende cuando ha tocado el límite. Eso, que es igual que levantarse con la luz apagada y chocar contra una puerta o un mueble, ocurre de muy diversos modos y también para anunciar cambios distintos. El signo de su instante crucial había sido para ella aquel y no otro, pues, cerrarse a la inocencia que dormía en el cuarto contiguo, como si en vez del mesurado contacto de siempre fueran a asesinarla en nombre del deseo. ¿Pero hasta dónde un deseo que le concernía?

—¡Desnuda y con la luz apagada! ¿Has entendido o no? ¡Vamos, pronto!

—Juan, por Dios, si das miedo...

—Sí, toda desnuda, pero que yo no te vea. Y ya, rápido, si hay que impedir que te voltee para hacerte jirones la ropa y se despierten los malditos chicos, por añadidura.

Ahora ya está todo dicho. La cambian por la otra, sencillamente. La humillan antes, recordándole su gastada realidad de labradora, madre de dos

niños. Exigen, mejor dicho, que ella descubra todo eso sin mostrarlo y se tienda como una odalisca en el lecho, el mismo lecho con olor a las manzanas con que acostumbra a perfumar el ropero, para forzarla luego quién sabe a qué, con rubores que no podrá mostrar a la luz apagada. Pero también comprende que no ganará lo más mínimo con resistirse. La hembra desnuda ha invadido la sangre de ese ser que la está manejando sin consulta. Y la intimidad de todos los demás ha de estar también llena de lo mismo, un retorno a algo con tantos nombres como temperamentos y que parecía haber muerto en la sencilla vida de siempre. De allí a nueve meses nacerán casi a un tiempo tantos niños juntos que el pueblo no dará abasto para contener los vagidos ni el cura para los bautizos, piensa. Habrá que recurrir al ensanche utilizando los huertos viejos. Al fin podrá entenderse la famosa reserva de futuro que muchos no habían captado con respecto a las quintas salvajes. La noche fosforescente de una mujer, concluye desabrochándose con lentitud la bata, equivaldría a miles de las atemperadas sesiones nocturnas con que ellas, por puro instinto de economistas sin teorías, a ritmos regulares de castidad y celo, midieran hasta entonces el crecimiento racional de la comarca.

Y todo empezó a ocurrir como allí, sin más preámbulos, con la sencillez de los cataclismos. Pero a poco que se vino la noche distinta tras las puertas entornadas, comenzaría también a suceder algo que los hombres no alcanzan a explicarse. Piden y exigen cosas, cosas tremendas según el canon y no se excusan. Prueban a dormirse para ver si al despertar lograrán retomar sus pudores. Pero abren de nuevo los ojos, sacuden a las mujeres y siguen exigiendo aún. Finalmente, en una nueva etapa, comienzan los fenómenos singulares. Sentirse hombres distintos, como si por haber emigrado de su piel estuviesen poblando otro ser más recio, menos comprometido. Es de ahí de donde arranca el verdadero desasosiego, haber perdido el miedo codificado. El hombre que cada uno alumbraba de su propio vientre no acusa más terrores. Y entonces, al parecerles que se han quedado sin una divinidad que los tenía acogotados por temor, quisieran poseerla de nuevo. Es enorme eso de sentir ahora la sangre que bulle como único pilar de una fe, que al fin consiste solo en la confianza que los lleva a autodeterminarse, pero sin convenciones angustiosas. Los pletóricos, los fuertes, parecen asimilar el nuevo estado. Lo tremendo es el suceso íntimo de los que tienen poco caudal, apenas el irrigatorio, sin sobrantes para el arrojo. Son tan mezquinos como hierbas arraigadas entre las piedras, y es con esa miseria que deben apelar ante ellos mismos en el proceso que su conciencia sexual acaba de entablarles. Han derribado la ética común en una mala noche, para algunos de ellos

completamente solitaria, y no les alcanza la sangre que habrá de suplirla. Eso es lo único que puede restablecer los niveles, y no les ocurre a muchos. Pero de cualquier modo, piensan, qué capítulo nuevo, qué vendaval distinto batiendo sus postigos entornados tanto tiempo.

El cura estaba pálido, carcomido también él por un sudor humilde de hombre, ese sudor de la noche difícil en la que si se ha logrado el sueño ha sido para empeorar las cosas. Fluía de su rostro una luz sin terrenidad, como la de lámpara velando a un niño. Se había dejado llevar sin lucha a ese interior desconocido, con un olor que le era nuevo y en el que su olfato no se le comportaba eficazmente. No sabía si aspirar o repeler su aire y al mismo tiempo no encontraba más alternativa que apropiárselo. Él y el terrible perfume a flor nocturna estaban solos y desamparados en aquel mundo extraño, flotante y sin ningún asidero en que se convirtiese de golpe el mísero cuarto contiguo a la sacristía. El hombre magro no se había adaptado aún a la penumbra semilunar del sueño. Pero la mujer desnuda relucía demasiado para que la devorasen las sombras y su cuerpo iluminaba de por sí como una madreperla en la oscuridad submarina.

—Señora... —Logró murmurar para deshacer el encanto.

Entonces ella se adelantó, más brillante que nunca. Es una antorcha quemando rosas, pensó él, pero qué rosas. Rosas que podrían decir de frente y con voz humana lo que las otras no saben o Dios no quiso que supieran. Soy yo, parecía explicar ella con delicada audacia femenina, ante tu rostro enjuto, tu frente amplia, demasiado abierta para la pequeña cabeza en que la han dibujado. Dame esa cabeza, ardiente y sola como una flor del desierto en esta noche para dos, dámela.

El hombre vio, de pronto, su propia cabeza flotando en el aire opreso del cuarto y luego reproducirse de por sí como los círculos del agua. Pero él, lo que era su unidad de cuerpo decapitado, no lograba apropiarse de ninguna, aun corriendo como un loco en su seguimiento. Tomó al fin una red de cazar mariposas, que nunca había vuelto a ver ni a usar desde que era niño, y empezó a abalanzárseles sin plan ni método. Pero las testas infernales rebotaban hasta el aire que linda con el cielo y desde allí lo miraban con sus propios ojos, aunque no los presentes, sino los de un exilio dulce hacia la primera mirada de su vida. Alternándose, rozándose con ellas, danzaban por igual miles de círculos coloreados, a cuya transparencia se veía el matiz de cada disco tangente.

—Una sola de mis cabezas —comenzó a mendigar con desesperación hacia lo alto como un perro a la luna.

La semidesvanecida imagen de la mujer no se esfumaba nunca del todo en la marea de círculos y cabezas iguales. Fue entonces, y quizá a causa de ese movimiento ingobernable del conjunto, cuando empezó también ella a ascender y descender en forma liviana, como un pez en un acuario, translúcida, estilizada. Salía de su boca un vómito ininterrumpido de burbujas que se entremezclaban luego con las cabezas y los círculos, cediéndose el lugar o estallando al no encontrarlo. El hombre arrojó la red lejos de sí y entró en una contemplación estática. Nunca había amado mujer alguna ni visto un cuerpo femenino. Y todo eso se le estaba dando, amor y cuerpo de verdad, y él no lograba evadirse ni con cerrar los ojos. La luz perlada de aquel objeto atravesaba el párpado, y tamizada por esa tenue piel se hacía aún más dulce, como un paisaje tras el agua. («Dios mío, haz que mis párpados sean fuertes como las murallas de Jericó y que no los desplomen las trompetas. Pero no, no lo hagas aún, espera, deja que me derribe...»). Ella se acercó, finalmente, húmeda de un sudor de danza y medianoche, sin ruido, sin hacer crujir un madero, tal una serpiente en la alfombra. No dijo nada, como no lo había dicho hasta entonces, a pesar de todo lo que sugería. Desde luego que él lo hubiera deseado para poder liberar lo suyo:

—Yo soy casto, señora, casto y virgen. No siempre se dan en un solo ser las dos cosas. Yo las tengo, para gloria de Dios, y no puedo, además de que no quiero...

Pero ella pareció haber comprendido también eso, la posibilidad de los que dicen que no pueden o el querer de los que no quieren. Se le tendió, de pronto, sobre el lecho sin deshacer en el que el hombre se había desplomado y comenzó a oprimirlo entre sus brazos. Aquellos brazos que ya no eran los mismos de la danza entre los discos y que ardían como arenas desérticas. Él percibió con vergüenza que cabía demasiado fácilmente en el abrazo y que a causa de la desproporción se desintegraban sus pobres huesos. Pero ella pareció también entender ese pensamiento de inferioridad física y lo acarició con las palabras que hubiera articulado de no ser muda:

—Dios lo dispuso así, y es lo mejor para encender la hoguera. El hueso limpia el aire mientras arde. La grasa chirría, ensucia los incendios.

—Pero es que yo no puedo —repitió el hombre con la misma obstinación anterior y como si ella estuviera exigiendo—; aun cuando quisiera tendría que poder, y no puedo, no puedo.

Fue en ese instante cuando sucedieron las dos cosas terribles: que él empezara a poder (las olas tiernas que le lamían desde hacía rato el corazón estaban bajando a la playa) y que la mujer se evaporase en el aire, un aire

vulgar, con olor a cuarto de cura solitario, sin cabezas, sin círculos, sin nada. El mundo despoblado de ella... Una ráfaga de ese clima distinto le agarró las narices, se le metió en la sangre todavía llena de sueños, lo devolvió transpirando a la superficie de la madrugada. Se oía cantar un gallo a lo lejos. O sea, pensó, que el mismo autor de los aburridos arquetipos iba a componer de nuevo el orden antiguo.

—Él nos dirá la última palabra —murmuró incorporándose—; siempre la ha dicho...

Encontró a su acólito en la iglesia rezando a toda voz ante una imagen. A cada uno de los ruegos que componía el *leitmotiv* de la oración, se propinaba un golpe tan poderoso en pleno pecho, que por momentos el raquítico individuo capaz de recibir semejante castigo parecía haberse transformado en una armazón mecánica, sin huesos que se quiebran, sin órganos interiores para dolerse.

—¿Qué ocurre, hombre, a qué tanto autoflagelamiento? —preguntó el cura con las pocas fuerzas que le había dejado su noche—. Vamos, arriba, hay que atender las campanas, los cirios, el vino de la misa. Un domingo no es cosa para derrochar. Y menos este, como ya veo que tú también lo sabías, el domingo de la mujer que han inventado.

Volvió a recordarla surgiendo de las sombras como un estambre blanco en una flor negra, rozándole la piel, dejándole adherido un delicioso polvillo de pereza.

—Es que la odio, padre —dijo el esperpento revelando su cuadro íntimo e incorporándose ileso a pesar de los golpes.

—Pero estabas ayer en la cacería del zorro, según me han dicho.

—Yo salí a buscarla al campo, cierto, pero como lo hubiera hecho también en pos del demonio, que debe de ser el padre o el hijo de esa fiera desnuda. Y Dios debe creerlo, y yo debo creerlo, y debe usted creerlo. ¡La odio, la odio!

—No tanto odio, hijo mío, no tanto. Vamos ya, hoy nuestro asunto va a ser largo, extraño y largo como mi sueño nacido para morir. *Dominus dedit, Dominus abstulit... Sit nomen Domini benedictum*^[1]...

Y tornó no sabía a buscar qué cosa a su cuarto desmantelado.

—El odio —murmuró entre las cuatro paredes abriendo las aletas de la nariz como para recuperar en el aire una sola partícula olorosa de que asirse—. Ese va a ser el tema de hoy, el que me están pidiendo, aunque no quieran confesarlo abiertamente. Tendremos odio, pues. Nunca ha fallado mi hombrecito. Sus vísceras al aire me dictan los presagios respecto al pueblo.

Empezaban en ese momento a sonar las campanas. Cielos, qué resonancia de locura, pensó. El ser canijo al que se las había entregado desde la fundación debía de estar balanceándose en la cuerda como un ahorcado a quien el diablo ha venido a gastar una de sus bromas macabras. Ya iba a encaminarse a sujetarlo cuando intuyó que aquel tañido para calamidad pública debía ser el que todos esperaban, algo así como su ansiedad echada al aire.

Vio, efectivamente, desde el principio que el pueblo había despertado ese domingo con un estilo que no era el propio. Tal si hubiera cambiado de pellejo o mudado de aire, concluyó mientras se dirigía al confesionario, luego de haber mirado al trasluz y hasta aspirado a su grey, según hacía cuando trataba de descubrirles algún embrollo compartido. Dentro de la pequeña logia de madera, a su vez, las confesiones empezaron también a tomar formas distintas, sin andarse por las ramas en cosas menudas como ocurría siempre.

—Padre, yo no encuentro palabras para mi pecado —dijo la primera mujer tras la mirilla—. Quisiera ser la persona de siempre, tener la antigua libertad para decir mis cosas, esperar después la penitencia que usted me imponga. Pero no soy yo, y es inútil, no puedo.

—Vamos, hija, suelta esa lengua y cuéntalo todo —aconsejó la voz persuasiva también un poco alterada—; no vayas a creer que serás la única que traiga su problema esta mañana. Desde que amaneció estoy observando algo extraño, como si fuera yo quien hubiera mudado de aldea. Son y no son los mismos, ya pude evidenciarlo con una sola mirada. Pero dilo, no temas, entrégame lo tuyo y alíviate. No será para ti todo el castigo.

—No, padre —dijo la mujercita con voz cansada—, otras sabrán contarle, quizá porque se pueda. Lo mío ha sido distinto, estoy segura. Dios me condene por mi silencio, pero yo no sé con qué palabras debería uno nombrar, relatar ciertas cosas que no han existido antes...

El cura recibió una espiración de aire fino y caliente. Eso también le supo a valor adulterado. Siempre le lanzaban a la cara un vaho tibio de leche, aunque no la hubiesen bebido.

—Y bien, no es tampoco cuestión de traducir más o menos eficazmente, sino de sentirse pecador, de tener conciencia del olvido de los sagrados mandamientos y luego arrepentirse en lo profundo, sin reservas. El verdadero acto de contrición es más esto que lo otro, aunque el decirlo todo aquí forme parte también de las obligaciones. Queda en paz, por ahora. Esta vez hago más de lo que debo —agregó como para sí— excederme en la comprensión del pecado, un pecado que no encuentra palabras. Vete —dijo al fin con su

tono normal—; búscalas cuanto puedas en la oración, que es también una forma de confesarlo.

—¿Y después de todo eso?

—Después vuelve a tus hijos, tu campo, tus quehaceres humildes...

—Los quehaceres humildes. ¿Cuáles serán ya, Dios mío?...

—Los de la vida en pequeña escala, hija, ni más ni menos. A veces el coser un botón, me han dicho algunas mujeres aquí mismo, es suficiente para conquistar la paz que se ha extraviado. Porque el que va a ponerse al otro día la prenda y ve que el botón volvió a su sitio ayudará a calmar tu desasosiego con su aire satisfecho, aunque no alcance a darte las gracias. Las palabras, flechas directas de Dios, tienen esa particularidad también divina, comportarse por igual en lo grande como en lo chico. Su verdadera medida está en el centro, en tanto sirven a la necesidad de hablar para llamar al pan y al vino por sus nombres.

—El pan, el vino —repitió la mujer maquinalmente.

—Sí. De todos esos nombres que hoy sonarán en tu mesa guardas el recuerdo completo, ¿no es así? Bien; vamos a olvidar entonces lo difícil, al menos mientras la confesión que yo sé que un día vas a poder hacerme según la posibilidad verbal de nosotros, los miserables pecadores.

—¡No, padre, su comprensión no, yo no quiero ese perdón en falso, no vine para recibirlo! —exclamó la mujer llevando su anterior voz secreta a esa temperatura de vapor caliente donde va a empezar la voz en cuello—. ¡Yo exijo que me condene! ¡Necesito oírlo de su boca, porque lo merezco!

Había comenzado ya con sus lágrimas. El cura estaba acostumbrado al famoso llanto *a posteriori*, como solía llamarlo para sus adentros. No lloraban al pecar, qué esperanzas. En tal momento parecían sacos lacrimales agotados, que volvían después a la normalidad de la función no bien se le recostaban a él en la oreja. Como si las culpas tuvieran dos etapas, la seca para ellos solos y la húmeda compartida en el confesionario. Pero esta vez también era un llanto foráneo, no lograba parecerse al de siempre. Sí; él habría cambiado de pueblo —pensó de nuevo dando margen a la otra para cumplir su desahogo—, lo transportarían en sueños a un nuevo destino parroquial, estaría escuchando a mujeres bastardas que no le confesaban las triviales incidencias por las que él nunca supiera qué sentir, si rabia o lástima. Ahora esas pasionales sin historia lo estaban alterando todo, querían y no lanzar la verdad entera. Y luego, para colmar la medida, aquel llanto híbrido de seres que no piden perdón ni aceptan consuelo, para lo que él no se hallaba preparado.

—Y bien, sigue haciéndolo un poco más, llora, calma esos nervios.

—No —dijo aún la mujer, tragándose todos los humores, moco y lágrimas.

El cura lo oyó caer al fondo del estómago, pero no tuvo ya piedad para preguntar con cierta ironía:

—¿Y por qué no, al fin? ¿Qué significa tanto recelo con los medios comunes de lamentarse?

—Ni esa pequeña concesión, Dios mío, ni esa mísera limosna...

Él había optado ya por el silencio, pensando en los demás que esperarían turno. Pero ella parecía estar en ese momento dialogando por encima con alguien que no era él, aunque se lo tomara por intermediario. Y eso significaba siempre la clásica confesión retardada que iba a coagular de un momento a otro, a tomar punto de caramelo. Hasta que sucedió que lo dijera todo, absolutamente, como el criminal al que llevan a reconstruir el hecho al lugar del delito y, aunque parezca que está sufriendo la tortura de repetirse en frío, solo entonces podrá sentir que el acto llegó a pertenecerle, a ser su obra genuina.

—Primeramente, padre, yo no logré entender sus intenciones, hasta creí que se hubiese vuelto loco, y fue por eso por lo que pudo aprovechar, llevarme de la nariz con mi propia ayuda —dijo, sonándose violentamente con un pañuelo demasiado pequeño—. Estábamos acostados, la casa en completo silencio y los niños bajo llave. Yo, oliendo en el aire que algo iba a ocurrir, pues él permanecía despierto boca arriba y con las manos bajo la nuca, traté de mantener también la misma actitud, por si intentaba estrangularme o huir por la ventana entornada hacia donde miraba a cada momento. «Y ahora tendrás que llamarla —me dijo de pronto—, a tu mejor amiga del colegio, aunque haga años que no la hayas visto. Todas han tenido una que era la preferida, ¿no es así? La llamarás primero por su nombre, y después me dirás cómo era, qué hacía». Yo lo recordé todo como a través de un largo túnel. «Se llamaba Claudina —respondí—, era más alta que las demás, tenía cabello negro, cutis aceitunado, ojos grandes y usaba trenzas. Hablaba con voz ronca, una voz que imponía cierto respeto al grupo... Era hermosísima, lo recuerdo, y un día en que la profesora nos habló de las Amazonas, miramos hacia ella y casi nos pareció que la veíamos a caballo disparando el arco...». «¿Y qué más? —siguió preguntando él como si me arrancara jirones bajo el hipnotismo—. Si era tu mejor amiga, tenían que haber otros asuntos, secretos personales que convivirían». «Sí —dije yo estúpidamente—, nuestro tema común era una salida diaria a cierto sitio arbolado que había al fondo del edificio, a fin de limpiar yo el estropajo con

que se borraba la pizarra colectiva. Entonces, y sin que jamás eso llamara la atención de nadie, Claudina se conseguía un permiso para tomar agua, o un remedio, o para obtener algo en préstamo del otro grado». «¿Y luego qué?», preguntó él aún apretándome un brazo como si fuera a conseguir todo lo demás que se proponía con ese sistema. «Y luego nos besábamos tras un árbol... Qué lejos todo aquello... Pero no me tortures más», le supliqué haciendo un movimiento como para salir de la cama. Entonces fue cuando él me puso los dedos en el cuello y me exigió con una voz que no parecía la suya: «Ahora vas a repetir su nombre, una, dos, cien veces, hasta que tengas la seguridad de que ha vuelto y de que todas las demás cosas que te guardaste suceden otra vez, y ella está aquí, entre los dos, desnuda por completo, como esa perra que anduvo esta mañana oliendo el campo...».

—Alabado sea Cristo —murmuró el cura tratando de aquilatar el sacrificio.

—No, padre, aún no está todo dicho. Yo empecé a llamar, a llamar, siempre con los terribles dedos en el cuello. Y no sabría decir en qué número de veces iba ya, cuando el estropajo se me cayó de las manos y volví a sentir que Claudina no tenía pequeños senos como todas las demás, sino un pecho duro como de tablas bajo la blusa, y que su corazón me estaba golpeando cual un martillo envuelto. Él empezó a aflojar los dedos, y yo a perderme, a dejar que la vagabunda desnuda, que en ese momento tenía una cara definida, entrase como un fantasma por la ventana a repartir lo nuestro, en las formas que nunca había conocido y de las que no me creía capaz, porque el demonio parecía al principio tirar del carro de la locura en que nos habíamos puesto, pero al final era yo, pecadora de mí, quien daba látigo.

—Hija mía —volvió a articular desvaídamente el sacerdote, al igual que quien recibe un golpe en la nariz y no sabe si repelerlo o atajarse la propia hemorragia.

—Sí, padre, tal como lo he dicho. Pero esto último él no lo supo totalmente. No se lo confesaré nunca, y haré siempre lo que anoche, escupirlo, arañarlo, mientras gritaba en mi interior aquel ¡arre! que nos llevaba peñas abajo, hasta quedar sin sentido. Y a él se le volverá a dormir el deseo en la oscuridad de su vergüenza como antes. Y yo me moriré queriéndolo de nuevo. Eso que no sé cómo se nombra, el pecado de mil formas por el que uno acabaría olvidándose del cielo cada noche, Dios mío. O deseando una de esas noches de seis meses que se producen no sé en qué parte del mundo.

—¿Y por qué tanto cielo después de todo eso?

—Porque el cielo se llama cielo, simplemente. Lo otro, hecho así, no tendrá nombre que uno conozca, pero anticipa el cielo. Y luego, cuando se lo mira a la mañana por el vidrio, lo hace parecer pequeño, insulso, y demasiado igual y celeste para todos.

Ya no cabía, pues, otra actitud que aceptar los hechos, aun sin la famosa palabra inhibitoria de un principio que, sin más, acabó de perder su categoría de cifra clave. La mujer empezó a sentir entonces que la parición de su capítulo inédito la había dejado débil, como agarrada por la anemia. Si hubiera muerto allí mismo, pensó, antes de confesar, la llevarían en ese momento con las manos cruzadas sobre el pecho y la cabeza cubierta con el velo blanco, tal como había sido siempre su representación de la última instancia. Pero la injusticia de la muerte de Claudina —en realidad veinte años de olvido eran la muerte— estaría zumbando a su alrededor con la primera mosca póstuma, quitando dignidad al espectáculo al igual que esos andrajosos desconocidos que llegan a los velatorios de lujo a llorar un parentesco que nadie sospechaba.

El sacerdote, presintiendo el monólogo íntimo, lo dejó crecer lo suficiente como para colocarse en los sucesos de acuerdo con su propia historia. En realidad, ¿qué podía decir sino que estaba mareado y con la cabeza al revés por todo aquello? Él, bien lo sabía, no era completamente apto para ese destino tan complejo. Lo habían hecho cura como hubieran podido cortarlo en sastre, doctor o carpintero. Una tuberculosis llevada a curar en la montaña había sido el motivo para que su madre ofreciera el sacerdocio como promesa. Y siempre le quedaría a él la duda sobre la influencia de la montaña o el poder divino en la restauración de sus pulmones. Pero aceptó la cosa tal como llegaba impuesta desde fuera. Las madres de un solo hijo eran eso, leviatanes femeninos, las víctimas de cuyo monstruoso amor podrían formar el friso más dramático para rodear la cintura del infierno. Por aquel tiempo había sido aficionado a la pintura. Tiró los pinceles y tomó el ministerio sagrado. Ahora, muerta su madre y casi momificado Dios dentro de sí, le venía a ocurrir todo aquello tan fuerte, tan definitivo como prueba. Y lo peor era que, aun antes de la mujer desnuda —la vislumbró encendiéndose en el aire tal una lámpara—, sus pinceles se le estaban apareciendo de nuevo, lo mismo que si a un ajusticiado se le fuese detrás el verdugo a perseguirlo al limbo. Veía a las gentes con los ojos del oficio, les miraba el color y la forma antes que los problemas, teniendo a veces que esforzarse para salir de entre las ramitas de oro quebrado que hay al fondo de algunos ojos, cuando esos mismos ojos le estaban suplicando la piedad que él tardaba en administrarles. Pero había que

seguir hacia delante, despedir a la pecadora, abreviar el proceso de las que irán llegando. Luego tomar con disimulo el látigo de las palabras y acometer la empresa de flagelarlos un poco, sin lo cual sus gentes no creerían por completo que estaban haciendo fe de la buena.

Traían en aquel momento a los mellizos, aún sacudiéndose el agua arrojada en cubos sobre sus cabezas. En los moretones del rostro, en los pelos revueltos de pajarracos recién salidos del país pegajoso del huevo, se hallaba escrito el incidente. Uno de los hombres que había ayudado a transportarlos al banco de la iglesia cuchicheó al oído de la anciana que pedía noticias:

—Parece ser, según me confesó el menos incapaz de los dos, que uno de ellos despertó antes en la paja del granero donde duermen desde que quedaron huérfanos. Fue a zangolotear al otro, como lo hacía siempre, pero sin resultados.

—¿Enfermo? Infelices criaturas de Dios —dijo la anciana persignándose.

—No, qué iba a estarlo. Soñando, ¿comprende?, soñando con la... Bueno, usted sabe, con la mujer que encontraron ayer los dos en el campo.

—Se sueña cualquier cosa, Dios nos asista. Y luego Él mismo lo desmiente pasando el dedo y borrándolo.

—Pero es que al sentirse despierto a causa de los renovados sacudones quizá se encontró el muchacho con que le habían cortado el hilo de algo que él no quería perder. Al menos eso se desprende de lo que tartajeaba al abalanzarse como una fiera sobre el hermano: «Te mato, tú no dejaste seguir la cosa. Te reviento, pedazo de ladrón, venías a robármela, ¿no? Pero yo la vi toda primero y es mía, aunque tenga que aplastarte como a una araña entre la paja». El que habla, que iba en busca de pienso, los encontró revolcándose a punto de estrangularse. Solamente el agua pudo separarlos como en las trifulcas de los perros.

La vieja cayó de rodillas en el escaño. Por un momento pareció fulminada de un síncope. Pero al punto se la oyó rezar aceleradamente:

—Sálvalos, Dios mío, sálvalos de las garras de ese demonio blanco que se sabe filtrar hasta por las rendijas del sueño...

—En un principio Dios creó cielo y tierra. La tierra estaba deshabitada y la cubrían las tinieblas. Solo el espíritu de Dios se movía sobre las aguas... —empezó a decir el hombre del púlpito, demasiado cerca todavía de las historias que acababa de escuchar como para remontarse de golpe a las regiones impersonales del Génesis.

Desde esas primeras palabras que parecían officiar de prólogo, cayó en un largo silencio. Sus fieles se hallaban ya acostumbrados a tales lapsos.

Pretendían explicárselos como lagunas mentales de mal orador, falla que muchos perdonaban a cambio de tanta deuda contraída con el confesionario. Aunque estaban también los más pobres de espíritu y así de tiernos con las humildes necesidades, en nombre de las cuales se lo agradecían fisiológicamente. (No es malo esto, uno puede toser, carraspear, acomodar las piernas. Y hasta pensar en otra cosa que se ha venido siguiendo a paso de perro). De pronto, el hombre comenzaba a salir del trance dubitativo. Volvía siempre transfigurado y mirando con esfuerzo. Se le acentuaba la palidez del rostro, como si la ansiedad que lo había poseído en aquellos minutos lo succionara de dentro afuera.

Calmó por naturaleza o por razones especulativas, esta vez volvió a repetirles el introito, en tanto que su propia pintura interior se complacía en la grandeza del decorado, el friso formidable del Antiguo Testamento. Empezaba con la ausencia del color, el negro del principio del mito, la tierra vacía e informe, el abismo. Y luego aquel espíritu moviendo su abanico gigante sobre el agua. No existía el color, pues, no era aún el color como aditamento. Se hacía necesario, sin embargo, utilizar alguno, al menos para crearse la imagen interior del cuadro y poder definirlo. ¿Pedir licencia a aquellas gentes y preguntarles cómo? Qué idea pobre. Solo el mismísimo Dios, manchado desde el vientre a las orejas con las pruebas del matiz universal, sería capaz de comprenderle. Se había dado en un principio cierto color espíritu flotando sobre el agua, tal color no habitaba aún en la forma, y era necesario por otra parte concebir también esa forma, sin referencia a otra alguna, puesto que se les adelantaba... Pero ya no más. Sabía hasta qué punto eran capaces de respetar sus pausas, como si los manejase por el pulso auditivo.

—... Y dijo así Dios el primer día: sea hecha la luz. Y la luz se hizo. Y Él la vio buena. Y la partió de las tinieblas. Y a la luz llamó día y a las tinieblas noche...

Ahora es el fruto redondo, la mitad sombra y la mitad luz, como cortado por un plano finísimo que no alcanzara a separar las zonas. El aire de los primeros días estaba saturado de miasmas, pero era promisorio aquel geométrico advenimiento. A causa de la luz y de la sombra ya podría ser todo posible —pensó a punto casi de sonreírles por el hallazgo—: forma, color, escorzo. ¿Pero y los fieles en qué andarían? La visión del tema mental colectivo le pasó tras los párpados. Vio cómo la mujer desnuda de su último sueño corría hacia el día primero y se internaba en la zona de la luz como un pez en el agua. Era necesario, pues, agarrar a tiempo el hilo del discurso.

Antes, sin embargo, no dejó de apretarse al nácar preexistente que había refulgido por equivocación en el paisaje sin que fueran aún ordenados los mares.

—... El segundo día dijo Dios, a sí mismo: haya un firmamento o una grande extensión en medio de las aguas, que separe unas aguas de otras. Y así quedó hecho el cielo. Y el día tercero dijo: reúnanse en un lugar las aguas que están debajo del cielo y aparezca lo árido o seco. Y así se hizo para que hubiera tierra y mares. Aquello era bueno. Dios lo vio que era bueno, dice la Escritura. Y entonces dijo: produzca la tierra hierba verde y plantas que den fruto y simientes...

El color verde de los primeros gigantes, más que su propia forma. Es decir, el verde abstracto, la génesis del verde sencillamente, qué prodigio de Dios, qué encanto revelado. Tuvo a partir de entonces una inspiración entre morbosa y límpida, aquellos dos extremos que tironeaban de su vida y en cuyo medio, impidiendo la ventaja parcial, se hallaba su victoria: irse, dejarlos allí plantados con las bocas abiertas y el gesto de quien pretende manotear una forma hecha de aire. Luego darse él también a la busca de la mujer desnuda, hasta debajo de las piedras. Hallarla medio desvanecida en cualquier sitio, reanimarla a fuerza de besos y huir después los dos a todo vértigo, en plena libertad y en pos de una leyenda archiperdida. ¿Hacia dónde?, diría ella de pronto, acezando, debajo de su flotante pelo de madona. Y él le responderá que acaba de descubrir un color viejo, el más viejo del mundo, y que quiere pintarla sobre ese fondo poderoso, casta y desnuda como se la ve, con sus piernas rollizas, sus primitivos y anchos pies y un vientre grande que va a parir estrellas. Sí, tal cual lo ha escuchado, y aunque su risa de hembra lo castigue. Dios siempre hacia delante, fabricando días y más días, y ellos hacia el revés del tiempo, en completa locura posesiva, al primer verdor divino hollado con la primera mujer del mundo, aun en contra de Dios y de lo escrito...

—... El cuarto —continuó con cierto desgano y reprimiendo un bostezo a causa de la banalidad de lo creado ahora— hubo lumbreras en el cielo para distinguir los días de las noches y señalar los tiempos. El quinto día hubo reptiles en el agua y aves volando sobre la tierra y debajo del firmamento del cielo. Y el sexto día dijo Dios aún: produzca la tierra animales vivientes de cada género, animales domésticos, y bestias salvajes de la tierra...

Parecía, pensó con cierto gusto falso, haber hallado el curso de la historia y hasta la voz monótona de hombre barbudo que reclama la Biblia.

—... Y fue ese mismo día sexto cuando vio que, siendo muy bueno lo hecho, debía inventar al hombre a su imagen y semejanza, para que dominase todo aquello, movedizo y viviente, que Él había creado sobre la tierra y bajo el cielo. Así creó Dios al hombre al sexto día...

Nuevamente el pecado de silencio, pero qué otra cosa podía hacerse. Dios estaba perdido en las profundidades de su propio pensamiento, en la inmensa tarea de plasmar, ordenar, prever la sucesión de sus criaturas. Solo existía entonces la forma dulce de Adán, errando desnudo y triste entre los árboles. Vio el cura sus caderas inocentes que ignoraban aún cierto ritmo impracticado, y pensó en lo difícil que había sido siempre, plásticamente hablando, captar a un hombre que todavía no lo es, mas en el que se contiene toda la especie interminable pronta a salir de esas puras caderas. Y más fuerte aún la tristeza, concebir esa primera tristeza sobre el mundo. ¿Feliz y libre Adán? Qué iba a serlo. Le habían prohibido algo, allí empezaban a negársele cosas al hombre, hasta acabar en los pequeños descendientes que estaban escuchándole con la boca abierta, todos con un no a su ansiedad, como anteojeras de caballo. Menos él, desde luego. Solo él, un curita de aldea, corriendo a contramano de Dios y sus infelices criaturas, con una mujer de pelo suelto a su costado para pintarla junto a cierto verde recién nacido.

—... Había plantado el Señor un jardín de las delicias —continuó ensoñadoramente— y colocó allí al hombre que había formado del lodo de la tierra e inspirado con un soplo del espíritu lo colocó allí y le dijo que guardase y cultivase aquel paraíso, y que comiese del fruto de todos los árboles, menos de uno que señaló especialmente. Pero aun echó de ver Dios que aquello no marchaba. Él, que era en sí la soledad, amados hijos míos, debió de comprender que la soledad completa solo podría sobrellevarse siendo la de Dios en sí mismo. Y entonces dijo: hagámosle compañía a este ser tan complejamente individual, que no tiene quien le iguale entre todas las aves del cielo y las bestias de la tierra. Y entonces fue cuando ocurrió el sueño del hombre, según el pensamiento divino. Estando el primer hombre dormido, Dios aprovechó el propio hueso de aquella carne para formar una mujer. Y colocó a la mujer delante del hombre para que este la hallase al despertar del sueño...

Hubo aquí, como siempre, una pequeña pausa. Alivio colectivo.

—La mujer estaba desnuda, es claro, desnuda en la pureza y la inocencia, que eran también las del hombre, su inocencia y pureza desnudas —agregó la voz del sacerdote, con cierto nuevo matiz de enjuiciamiento.

Un suspiro caldeado enhebró los pulmones. Había sido evocada la desnudez, y todos estaban allí a causa de eso, no por la trivial historia de la primera pareja. El relato, justo era confesarlo, los arrastraba dulcemente como a los niños que se dejan contar sin protestas las mismas cosas y hasta las corrigen cuando alguien cambia detalles. Pero había sido nombrada una mujer sin ropas encima, fuera quien fuera. Y entonces querrían ver al cura sumido en sí mismo unos minutos más, para ocupar cada cual su tiempo como un asiento en la hierba. Pero esa vez falló el tironeo mental, y la voz continuó imperturbable:

—... Dios le había hecho llamar a Adán a todas las bestias de la tierra y las aves del cielo para elegir quien le hiciese compañía. Pero aquel, luego de darle nombre propio a cada una, había rehusado. Después, al despertar, y casi consustanciada aun con su sueño, veía entre los árboles, como goteando del oscuro verde primitivo, una forma que era su forma sin ser la suya, una piel que era su piel y distinta, una sombra buscando la suya, que era también igual y diferente...

El sacerdote cayó de golpe en el viejo pozo, les dio esa vez el gusto de dejarlos solos. Es decir, continuó para sí mismo temático como un poseído, no existía aún el deseo, la posibilidad de la caricia. Debía, entonces, ser la pura abstracción de la belleza lo que reinase. Puesto que no había el amor ni su sombra hecha pecado, los dos cuerpos desnudos e ignorantes de sí, recién paridos del fuego de Dios como cerámicas en único par, ¿bajo qué formas podían pintarse, aun venerado fuese Michelangelo, con modelos ya comprometidos en el proceso que aquellos dos desconocían?

—... Y bien, amados hijos —prosiguió sorprendentemente—. Vosotros lo sabéis, venís oyéndolo siempre: ambos, hombre y mujer, se encontraban desnudos, y no sentían rubor ni violencia por su estado. Pero la serpiente tentó a la hembra a comer del fruto de aquel árbol. Y ella cedió y a la vez tentó a su compañero. Y no bien hubieron ambos comido, sintieron como se abrían sus ojos —*Eritis sicut dei*—. ^[2] Y como veían lo que nunca habían visto, su desnudez primitiva. Y entonces la cubrieron con unas hojas. Y luego, sintiendo aún más vergüenza, se ocultaron ellos mismos de Dios tras unos árboles y desde allí le explicaron sus rubores.

Era algo inevitable. El orador debía abandonar de un momento a otro el tono lírico. Todos se adelantaban al proceso, hasta el punto de esperar cierto ademán muy característico como el de tirar lejos un residuo de fruta para empezar otra nueva. Pero esa vez, por el contrario, deseaban como nunca que no ocurriera. Habrían aguantado sin moverse todo el relato bíblico, desde el

Génesis al Apocalipsis, con tal de que su tema no fuera tocado directamente. Acariciando la redondez y la blancura del motivo, tenían miedo de perderlo todo no bien bajase del aire en que lo estaban sosteniendo con sus alientos.

—... Oh, ya lo sé —continuó el sacerdote en tono opaco sin arrojar aún el hueso del fruto, como siendo uno más al frente de los otros—, la historia de la inocencia mal perdida os viene machacando el seso desde hace mucho tiempo, libros y hombres de Dios os la repiten con diversa suerte de literatura y acabáis relegándola a categoría de cuentos para niños. La mujer, ya se sabe, fue castigada con su preñez y su dolor, y el hombre, con los sudores que habría de verter sobre el abrojal para que la tierra se le diera. ¿Y eso es todo?, decís. Eva —esto es, vida— y Adán fueron expulsados del paraíso. ¿Y también, volvéis a decir, eso es todo lo de hoy?

Pero de pronto el temido hueso fue arrojado lejos y el tono artificioso de pobre diablo se hizo trizas. Una fuerza polémica se había estado gestando en el pecho engañador del individuo, el mismo pecho recuperado en la montaña y condenado luego a la pureza por un contrato irrevocable. Ya verían cómo la historia era larga y más que larga, les gritó súbitamente. ¿Lo del pecado original un cuento viejo? No y mil veces no. Un río en cuyas aguas andaban chapaleando ellos, eso era y no otra cosa. Les había mostrado las nacientes, pero solo a cuenta del curso. Y los sumergió sin lástima en el horror de su presente, arrastrándolos al cieno milenario en que se perdía. Ni su vieja tos en los accesos más desgarradores hubiera competido con la fuerza de su reto. Sí; habían gastado en un pensamiento pecaminoso la heredad terrenal de la pureza, que es el pan de la vida eterna, les reprochó ásperamente. No importaba en un día largo que la vaca mugiese de sed hasta perder el aliento, que se derramase la mal ordeñada leche, andándose a las caídas con lo que era la sangre de los hijos y el porqué de la aldea. Los surcos por la mitad, el queso sin cuajar, la manteca licuando al sol. Apenas si dicha la oración en la mesa.

El pan y el vino sin sabor, deglutidos malamente a fin de ganar minutos en otra cosa. Era preciso buscar a alguien, cierto, para su entrega a la justicia. Pero nada más se había pedido, ni siquiera creer completamente en la visión de los mellizos. Lo otro, lo madurado en un día febril y una sucia noche, eso no lo hubieran exigido el alguacil, el cura, nadie...

Los dejó así unos minutos a telón caído, con las orejas gachas y el espinazo en arco. Aquella tregua, pensó, sería una de las últimas. Dos o tres entre actos más y los pillaría completamente a descubierto.

—... Nadie, he dicho —continuó—, puesto que esa mujer no existe, nunca ha existido. Al menos para quien no esté tan limpio como ella y pueda

tocarla con todos sus dedos, lo cual sería lo mismo que decir que no existe... Sí, no pongáis esa cara de cuidado por mí, que estoy en mis cabales. Eva, ya os lo expliqué, fue arrojada del paraíso a causa de aquella fruta. ¿Pero por qué tanta vergüenza y tanto miedo al ojo divino, en cuyas aguas claras no se hubiera podido jamás ajusticiar a la belleza? Eso es lo que os pregunto yo, a mi vez, aunque parezca extraño. Y ella ha vuelto, sencillamente, puesto que ahora sabe que Dios quería que comiera del fruto. Y la mujer desnuda está de paso por la aldea, en busca de la revisión del juicio. Y se burla de vosotros y de vuestras pobres mitades femeninas, prolijamente presentadas pero incapaces del amor entero... Oh, aunque ella tampoco es solo mujer. Y quizá podría asombrarnos con su doble juego. ¿Pero a qué intentar daros a oler esa rosa, la primera rosa carnal reversible del paraíso hollando esta mísera tierra?

Un mar de toses y crujidos de articulaciones resacas ahogó las palabras finales del cura. Pero no su poesía, que quedó suspendida en la atmósfera como una trapecista sobre la materia. Por primera vez, ella, la mujer, había sido nombrada, dicha. Se la estaba entretejiendo primeramente en la leyenda bíblica, luego en el desafío infernal, hasta tocar la herejía. Fue entonces cuando pudo vérsela ya con sus miles de formas reales, según la imagen que cada uno lleva dentro. Eludiéndola, aquella forma se había hecho sutil como un atisbo de media luna por la tarde. Pero ya no. Dibujada por las palabras, y qué palabras, la hembra fatal recrudeció en todos los perfiles de su hechizo, los envolvió con el aliento de verdad, les perfumó la cara con el pelo, les surcó palmo a palmo de piel con todas sus uñas.

El cura, entretanto, se había tomado uno de sus respiros, pretendiendo mostrar que despejaba la garganta. Pero mientras fingía perderse en el vacío, no dejó de dirigir sus ojos a la masa expectante y aquilatar sus reacciones.

—... No existe, os decía —prosiguió con voz de metales proféticos.

Dio en mirar hacia el sitio de costumbre de los gemelos. De un pequeño vitral del costado cercano al techo estaba penetrando un rayo de sol descompuesto por los cristales en todos sus matices, y así iba a caer en el rostro de uno de ellos, dejándolo completamente irisado. Nadie podría saber en ese momento, pensó, qué se traería el fenómeno luminoso, si la acusación del apóstata o la de aquellos infelices que ni siquiera tendrían oportunidad de rebelarse. Pero imposible negar que estaba incidiendo sobre uno de los rostros más inexpresivos del pueblo.

—... Aunque si diera en aparecer aquí y ahora, como puede ocurrir de un momento a otro, tampoco existiría, ni para sus propios descubridores, para su pobre entendimiento, al menos... *Stultorum infinitus est numerus*^[3] —dijo

aún, admirando a aquel Salomón al que no se le escapara nada y bendiciendo el latín bíblico como nunca.

Todas las cabezas se volvieron hacia los mellizos, tocados en ese momento los dos por el haz descompuesto. El cura tuvo un minuto de sobresalto. Aquello parecía, en realidad, un presagio. Pero por suerte nadie sino él, enamorado del color, advirtió la cosa.

—... Sí —agregó insuflando el pecho tanto como lo necesitaba para atraer la atención hacia sí mismo—. Pero aun sin existir para el que no la merezca, yo vuelvo por el reto: quien no haya pecado anoche con esa sombra del paraíso, que arroje la primera piedra.

Vio cómo una nube de desazón se cernía sobre todos y cada uno.

—... Sois vosotros, pues, los suciamente desnudos, y no ella. Y ahora destapad las orejas, no sea que se os escape esta primicia reservada para el fin y que, cuando vuestro pueblo desaparezca, como quizá el cielo lo tiene preparado, continuará flotando a ras de las cenizas igual que un ala: yo, también yo, he soñado anoche. Yo —repitió castigándose el pecho— he pecado maravillosamente sueño adentro con ella. Y no pido perdón a Dios ni a mis fieles ni a nadie. En eso me diferencio por completo, en que me condeno por ella, mientras que vosotros la vomitáis luego de haberla ultrajado uno a uno, aunque queriéndola siempre de nuevo. Y ya no más por hoy. *Ite. Qui habet aures audiendi, audiat*^[4].

El hombrecillo del púlpito pareció haber tocado todos los límites; el del valor, el de la voz y hasta el de la actitud pasiva de sus auditores. Ya había visto rebrillar más de una mirada sangrienta, pronta a encender la hoguera, cuando de las últimas filas de bancos una mujer lanzó un grito bestial, que parecía surgir del fondo de la tierra. Primeramente un segundo de parálisis. Luego, toda la masa acudiendo en ayuda. El cura comenzó a bajar con lentitud de su parapeto, atento a la propia transpiración, para la que ya no le alcanzaba el pañuelo.

—Asco de mujer —murmuró—; venir a parirse aquí, justamente, en la casa divina. Pero de todos modos, gracias, Juan —dijo aún deteniéndose un segundo junto a la imagen del santo patrono del templo—; esta vez les cambiaste oportunamente el bocado a las fieras del circo...

Luego prefirió no saber qué habían decidido respecto al alumbramiento o lo que fuese, retirándose por la puertecilla lateral que comunicaba con la sacristía. Y esa deserción no como signo de indiferencia, según iba razonando con perfecta lucidez, sino más bien a causa de sus palabras en el púlpito, que aún estaban calentando el aire. Porque si en realidad podía caberle alguna

culpa en el suceso, ni su ayuda ni su presencia resultarían compatibles. Mejor dejarlos solos. Al menos, ese dolor salvaje que iban a presenciar les serviría para ponerse en guardia. Era un capítulo de la historia recientemente exhumada. Y Dios se los ilustraba en las narices abriendo a una mujer en dos, sin más gastarse en amenazas.

Vio, a través de la persiana calcinada cuyo olor aspiró con deleite, cómo habían comenzado a dispersarse, quizá a pedido de los más eficaces en el asunto que tenían entre manos, y los pintó mentalmente en esa forma, arrugados por el sol como manzanas en las brasas. Pero también con aquella giba mortal, especie de principio de encogimiento de dentro afuera con que comienza a manifestarse el odio. Sí; hubiera podido asegurarlo desde las primeras horas, mientras se oían sonar los golpes que el acólito se propinaba en la osamenta. Luego, en tanto había arreciado su sermón como una lluvia con piedras, entreviendo cada uno su condena a las parrillas eternas, la mujer deseada se iría volviendo aún más real, más íntima y hundida en los garfios de la urgencia. Pero también debía continuar cuajando allí, insistió en pensar, el otro orden de fenómenos, aunque inconsciente para la mayoría. Eran demasiado rústicos para tener un concepto cabal de su propia repulsa, aquella especie de síndrome nauseoso que se les estaba dando desde el día antes y que no podrían descargar sino en el odio. Odiaban a la desconocida, se odiaban a ellos y entre ellos. Por culpa de la mujer se había descubierto cada uno a sí mismo, y esa revelación es de las que no se perdonan, al menos cuando hay algo más que tierra bajo la piedra. Ella era libre para su propio desnudo, en eso no iban a surgir discusiones. Pero la libertad individual del acto en sí arrastraba a cada cual a pensar en la imposibilidad de la suya. Uno, por ejemplo, al no haberse lavado los pies, sentiría dentro del zapato las grietas con estiércol, y, por primera vez, se avergonzaba de algo que siempre creyera a salvo. Otro, un rabito vacuno prolongando la última vértebra. Pequeñas ocultaciones como estas, sin embargo, no llenaban el inventario, sino que las había también de las grandes, ataviadas con primor como borricos para la feria. Pero ya que las cintas van a rasgarse siempre en el sitio maltrecho, no quedaba otra cosa que el repudio a la maldita mujer, rechazándose también entre ellos a causa de los mutuos descubrimientos. Una sola libertad no podía subsistir sin guerra, quizá por demasiado enorme y cegadora la esplendidez de su fanatismo. Cómo no condenar, entonces, aquella desnudez que obligaba a las suyas. Y no hubieran podido ir más lejos que hasta ahí, concluyó sin quitarles la vista de encima, su descorazonamiento.

Se seguía, entretanto, aspirando en toda cosa la presencia de la madera bajo el sol, o escupiendo alfilerazos de savia retenida, o el simple recuerdo de su pasaje por los vasos momificados. Al menos ella, pensó tocándola como a un cuerpo, la madera constitutiva del pueblo, no se deja atrapar por sucesos de última hora, sigue en pie de igualdad consigo misma, sin trastornarse por nada. Alguno de esos días, si Dios o su aldea no lo ajusticiaban antes, iba a llenar un domingo hablándoles de la madera, de cómo muere sin podrirse, lo que es decir que sobrevive. Aquel, no recuerda cómo se llama, ese que se sentó sobre una piedra para quitarse los zapatos, se había construido una cabaña de troncos. Cierta día de primavera, tratando de abrir los ojos con sus dedos para poder creerlo, vio que los maderos, aserrados, sujetos a clavo como galeotes, estaban rebrotando. «Antes de morir definitivamente para su próximo verano», le explicó él al pasar, seguro de no conformarlo con la noción simplista, pero llevándose el cosquilleo de las ramas en su propio cautiverio. Tendría que decirlo en la próxima parábola. El bosque no se pudre, ni aun el de los muertos, con los pies enterrados en las gusaneras. Se pudren, sí, sus plantadores, y a veces sin morir, lo que es peor en cuanto al aire del vecino. ¿Pero y él? Él también era uno más en la enormidad de los sucesos — se declaró objetivamente— y no menos propenso a la descomposición colectiva. Sin Dios, sin miedo, sin nada de lo que los otros habían inventado para escudarse: esa era la diferencia. Un hombre así de solo. ¿A qué apelar, entonces, para su autodefensa personal, sino a aquellos árboles metidos en la tierra por lo bajo para salvar el cielo? Sí; porque estaba en ese minuto completamente seguro del fenómeno. A medida que había tratado de convencer a los demás sobre la mera apariencia de los hechos, la realidad carnosa y dulce de la hembra prófuga crecía y se recostaba tibiamente junto al primer verdor que él terminaba de descubrir, quitándole el pincel, mojándolo en su propia saliva para diluir los tonos y volver a alcanzárselo con sus manos de anchas palmas. Y es en tal momento cuando ella empieza a no caber en la mísera tela que él ha extendido. Tampoco en la superficie de esa tierra que está alumbrando aún sus monstruos verdes. Queda la comba de los cielos. Ahora es necesario recurrir a la abundancia de Dios para aquel fresco sin medida, cuyos rosas carnales increados desbordan todas las previsiones.

—Hasta que el pobre pintorzuelo, Señor, azorado y empequeñecido ante la belleza que se le escapó de las manos, cae de tus andamios, vuelve a la condición mortal en que se arrastran tus demás criaturas —dijo de pronto con la veracidad de quien se desploma al nivel más bajo que le han asignado—. Pero sin que tampoco ahí —murmuró aún desechando sus últimas reservas

mentales— pueda sentirse libre del modelo, la figurilla movediza de la noche, no en su tamaño de madona de cúpula, sino para el abrazo donde comienza la agonía del hombre, el que busca su pareja en esta tierra para no morir de miedo...

La desgarrada autoconfesión, al igual que la de los muchos infelices que se le habían tirado a los pies mendigándole el fallo, lo dejó unos minutos fuera de sí, trozado en pequeñas partes, cada una de las cuales parecía contener aspectos de su persona, pero sin que el ministro de Dios, el artista, el esclavo maternal, el hombre sediento de amor fueran capaces de echar a andar de por sí y no con los falsos pies del conjunto.

Y, sin embargo —discurre aún en lo más íntimo midiendo la habitación de lado a lado, con las manos introducidas en la bocamanga contraria— será necesario optar categóricamente, dar el salto sobre el abismo, aunque para caer en la deshonra. Cualquier cosa menos esa, el interregno de Dios o sus opuestos en el que estaba chapaleando junto a su grey, aunque le pesara reconocerlo. Había soñado como ellos y hasta hecho referencia al suceso mental, un pecado con el que era posible que Dios tuviese cierta voluntad atenuante. No podría Él aguzar su severísimo sistema hasta la condenación del ensueño, y quizá dejara olvidadas las llaves en la oscuridad de la alcoba de todos los llamados, seguro que también la pureza de los pocos elegidos merece de tanto en tanto esa licencia. Pero lo peor en cuanto a él mismo, lo más terrible ante las pestañas del ojo perenne era la posibilidad de que ella hubiese entrado con sus pies de verdad, los que andan, se hieren, acarician. Él había sido también uno entre quienes dejaran la puerta entornada, sin animarse a echar el cerrojo de la iglesia como todas las noches. Y ella podía muy bien haber estado en aquel sitio, aullando su excepcionalidad maldita y delicada como una loba blanca hacia la luna de los vitrales.

—¡Basta, Dios mío, basta! —gritó de pronto bajando con violencia la mirilla de la estera, como para inundarse en su propia soledad o en su aniquilamiento, y cayendo de rodillas. *In manus tuas, Domine, in manus tuas...*^[5]

—¡Miren, miren hacia allá! —exclamó la mujer del policía de novelas incorporándose en el ruedo que merendaba al aire libre.

Había quedado con los ojos y la boca abiertos al máximo y se le ventilaba la ansiedad junto al bolo alimenticio.

—¿Qué, qué es lo que has visto? ¡Hablarás de una vez! —gritó el marido a punto de anexar otro descubrimiento al de la uña en la rastra.

—Nada, perdón —aclaró ella al fin, tragando malamente—; creí que alguien había aparecido a lo lejos, junto a las vías. Pero ahora recuerdo que se trata de la parva incendiada por las chispas de la locomotora... Eso si no agarré ya el contagio de tu enfermedad —agregó en tono irónico—, la fiebre de esas novelas, y luego la de los famosos rastros que hay que encontrar en todas las cosas.

El hombre no le quitaba la vista de encima, como para arrancarle por la fuerza algún mensaje especial que ella quisiera patentar en nombre propio.

—Dame esa manzana, no la cortes —dijo de pronto obsesionado siempre por los mismos pensamientos.

—¿Qué tiene, qué puede haberse visto en ella? La he arrancado esta mañana de nuestro cerco. Ahí, en ese bolso, están las demás —aclaró la mujer volviendo a ocupar el sitio en el suelo.

—Obsérvenla —indicó el individuo con misterio, a causa de la proximidad de los chicos que formaban tienda aparte—, ¿esta marca subdividida en pequeños cortes no parece de dientes? En tal caso, y pudiéndose comprobar que ella pernoctara en algún lugar oculto de nuestros predios, la pesquisa tendría que reanudarse hoy mismo, pero al revés, desde abajo de las camas hacia afuera.

—O desde nuestras muelas del juicio a los dientes de leche de las criaturas —agregó uno tanteando la vena cómica del asunto, mientras le pasaba el objeto al otro con cierto sugestivo golpecito de codo.

—Yo tengo también una cabra que acostumbra morder la fruta prohibida —acotó el siguiente.

—En tal caso quedaría todo puesto en claro desde el primer examen —indicó el aficionado sin acusar los golpes— debido a las grandes diferencias con las piezas dentales humanas. Y eso a simple vista, sin necesidad de fijación; reproducción y confrontación de huellas. O sin recurrir a las medidas de espacios de implantación, o al estudio de las marcas dejadas por las rugosidades del paladar, o a la forma de las encías si esta hubiese sido una fruta blanda.

Como en su primera demostración en el hallazgo de la uña, estaba ya a punto de reconquistar el prestigio, cuando él mismo se encargó de devolverles la burla, mientras la manzana seguía dando la vuelta:

—Aunque esta vez pude notar enseguida que no había correspondencia de huellas, sino que las mismas provenían de la incrustación de un alambre de púas sobre la pulpa en crecimiento, lo que de haberse tratado de dientes

configuraría la presencia de incisiones superiores a la cantidad normal de caninos.

Lo miraron con asombro. Aquel lenguaje sin traducción era algo que había que respetar aun sin comprenderlo.

—De manera que nada de dientes, gracias a Dios —dijo la última mujer a quien le llegó la manzana—. Sin embargo, yo creo que no debería comerse, siendo ella capaz de haberla envenenado desde lejos con el aliento.

Ella: se la llamaba así desde pocas horas antes, acaso por el velo de perdón que el cura le había echado sobre el cuerpo recurriendo a su habilidad de defensor de oficio. Vestida de ese modo, así fuera con la sola femineidad esencial, podría nombrársela mejor, atemperaba los efectos de todo lo que había desencadenado. Cierto que de ahí a considerarla inexistente, según la tesis del sermón, iba mucha distancia. Aunque, en general, dicha certidumbre de cosa corpórea solo era capaz de confundirse con la idea de contaminación o de guerra bacteriana en la diabólica subjetividad de las mujeres.

—Yo hasta creo que tendríamos que empezar a hervir el agua, si como es de suponer ella debió beber en algún lado antes de hacerse humo.

—Chiss... están hablando de la señora desvestida —secreteó uno de los niños, cribado de pecas, a su compañero albino—. Todos se vuelven locos por tenerla. Pero ella no quiere líos con ninguno, solamente conmigo, ¿lo sabías?

—¿Qué?

Se les tenía vedado aquel asunto de mayores. Mas era precisamente en su imaginación, como auténtica vasalla y transmisora oral del mito, donde el episodio iba a cobrar sus verdaderos perfiles de ensoñación y de ventura.

—Sí, Pestañita, tal como lo oíste, solo conmigo. Y no te pongas furioso ahora también, queriéndome arrancar los ojos como cuando yo puedo mirar el sol sin cerrarlos.

—No me enojo porque sé que eso de la señora y tú es mentira, todo mentira.

—¿Mentira? La hubieras visto... Se apareció anoche junto a mi cama, en puntas de pies, me tocó la cabeza con una rama verde que traía en la mano y me dijo que un día, cuando yo sea grande, nos casaremos en esa misma iglesia.

—¿Desnuda? —preguntó el otro mirando hacia el lugar como si esperara ver salir el cortejo.

—Sí, desnuda, pero con un traje de agua y una flor transparente en el pelo.

—¿Un traje de cola? —musitó el albino.

—Es claro. Una cola larga que sale del río. Y dos caracoles de los grandes se la llevan —dijo con mil precauciones el de las pecas, no fuera cosa de perder el hilo de la manzana, que de un momento a otro iba a ser arrojada como si tuviera la peste.

—¡Mentiras, mentiras y más mentiras! —protestó con vehemencia el del iris rosado, dispuesto a todo—. Es con mi hermano mayor con quien va a casarse y no contigo. A ella le gustan los coches con los asientos blandos como de pluma, que no hacen ruido al arrancar y tienen aire fresco y también caliente guardado. Y música, y hasta una bandeja para la ceniza del cigarro.

—¿Y tú los viste, Ojito, o te contaron?

—Las dos cosas. Me lo dijo mi hermano cuando vino a visitarnos en Navidad, y además me trajo uno en miniatura con marca y todo.

—¡Mía! —gritó de pronto el pecoso abalanzándose sobre la manzana que acababa de tocar tierra.

El blanquecino cayó sobre él como impulsado por un resorte.

—¡Chicos, en nombre de Dios, cuidado! ¡La tiré hacia allí sin darme cuenta!

El muchacho estaba mudando los dientes. Pero arremetió de costado sin detenerse por un detalle anatómico más o menos. Ocurriera lo que ocurriera sobre sus nalgas si los del otro grupo se tomaban en serio las cosas, había decidido dejarse de especular con la inocencia, aun a costa de algunas pérdidas.

—Las desprecian en nuestra casa —explicó la madre, mirando la desaparición acelerada de la fruta—. Únicamente que hubieran oído lo de las huellas. Pero aun así no comprendo.

La ingenuidad del planteamiento volvió a crear la atmósfera equívoca que venía envolviéndolos desde el principio. Una especie de crisis hilarante empezó entonces a retorcer por turno a las unidades del clan, cada cual según su modalidad para la risa, desde el temperamento de agarrarse el vientre al de rociar a los demás con saliva o al de irse en aguas.

—¿Ves? —dijo el pecoso con la última semilla de la manzana en la boca y retomando la intriga—, ella no ha soltado la rama con que me tocó. Ahora les está haciendo cosquillas en las plantas de los pies, sin que nadie la vea. Anoche mi madre y mi padre estuvieron horas riéndose así bajo las cobijas. Yo empecé a oírlos en cuanto ella se fue de mi cuarto. ¿Y tú, escuchaste algo?

No haber podido pescar nada para superar o igualar al adversario, ahí estaba el drama. Y eso después de aguantar el romance del otro con la señora

transparente, amén del asunto de verlo llenarse las tripas con la manzana tatuada y sin compartir ni pizca.

—¿De modo que nada, nada? —insistió el de las pecas saboreándose los pedacitos de fruta que sacaba de entre las caries de las muelas.

La humillación y la impotencia empezaron a aporrear al albino con los rigores de siempre, pero aumentando la cuota en otros aspectos más sutiles. Pues no solo le había tocado ser distinto de los demás en la desgracia de no poder desafiar al sol, sino en la torpeza de haberse dormido en una noche eléctrica como aquella, estando suelta el hada de las chispas a la que empezó a imaginar entonces de acuerdo a la propia fantasía individual, con todos los derechos de su entrañable vivencia.

—¡No, nada! —gritó de pronto como un pequeño demonio bañado en leche—. Pero esto sí, esto, esto...

Abalanzarse, arrancar a mordiscos una punta de oreja, hincar la rodilla en el vientre, las uñas donde cayeran, eso era el «esto» objetivamente administrado por un gato blanco sin suerte amorosa sobre la tierra.

Hubo que separarlos como a los mellizos, a fuerza de agua. Luego las mujeres comenzaron a levantar las vituallas dispersas. Era importante volverse ya. Muchos hombres habían quedado solos en las casas amenazadas.

La mujer desnuda alcanzó finalmente la parte frontal de la maraña, desde donde le era posible divisar el pueblo por los fondos de sus viviendas. En la última línea defensiva de los espinos se le prendió el cabello en un arbusto que parecía haberse erizado a su paso. «No quieren dejarme partir ahora —se dijo con total convicción—. Después de tantas dificultades para entregar sus secretos, me amamantarían el resto de mi vida con sus jugos ácidos y amargos. Dos o tres días siendo uno de ellos para lograr algo así, capaz de llevar años en relaciones llamadas... En fin, para qué recordar, siempre será mejor haber olvidado...».

Se liberó dejando algunos pedazos de sí en las ramas, llevándose otros ajenos consigo, y siguió avanzando. La hierba del nuevo tramo ardía. Además de su capacidad para retener el sol, le descubrió la mentida blandura con que engañaba desde lejos. Era áspera, estaba llena de pequeñas lanzas que atacaban cada cual a su modo las plantas despellejadas.

Pero tampoco logró intimidarla esa vez el accidente físico. Había salido en busca de algo, un objetivo inconcreto —comenzó a explicar mentalmente a los pequeños monstruos que se le hundían en la carne, de la piedra a la espina de cuatro puntas y al aguijón de un animalejo—, algo que no parecía contar con nombre entre las cosas previsibles y ordenadas como aparecen en los

diccionarios. No podría decirse lo hallé, lo tengo, se llama... Pero dejaba sentir sus efectos por verificación interior de cosa que se ha hecho vida y que, además, libera una fuerza capaz de promover la evasión, la ruptura. Salir ni más ni menos que en pos del no importa qué, cortándose las amarras que otros muestran a los demás como el mendigo las llagas, ¿eso era poco, acaso? O como un hombre en busca de un pájaro que nunca existió, aunque él crea que lo oye cantar todas las mañanas. Cierta día de asueto toma la jaula, el sombrero de sol, se despide del mundo doméstico por unas horas. Y luego ocurre que no regresa. ¿Y por qué no deseará nunca más volver a repetirse? Todo lo que quedará abandonado esperando se lo pregunta durante un tiempo. Pero lo sabrá aquel hombrecito solo, lo medirá cuán grande es él solo, esa primera vez de todas las cosas que nunca habían sido inauguradas en su vida, y en cada una de las cuales flamea ahora una bandera diferente, con los colores de la verdad y no la gama desteñida de sus pendones para muertos.

No dejaba entonces de ser importante que, a cambio de tanta ventura, solo doliesen los pies que andan, el pelo que se engancha, el estómago con su maldita hambre congénita. Cavan mucho más hondo las garras del humor, las ligaduras y los círculos que uno se fabrica con sus propios dedos y luego se entretiene en ajustar hasta el último minuto. Ese mismo minuto en que se lo cambiaría todo por un poco de aire que ya no entra en la nariz, que pasa de largo por la antigua puerta como un amigo que nos hubiese cobrado desprecio.

Iba desmenuzando así por el camino el pan de los chiquillos perdidos del cuento, mas con la ventaja sobre ellos que si debiera regresar no estarían las migas en el buche de las aves. Algo le inquietaba, sin embargo, que su vientre vacío pudiera perderla si llegaba a enajenar todo aquello a causa del hambre. Su libertad, como la de algunos pueblos que la han conseguido a dentelladas, era pan para los dientes propios, que habían mordido tantas veces hierro o aire, y que al fin se iban a clavar en aquel amasijo sin proporciones de receta, todos los panes de una hornada que no quiso separarse y salieron en un solo bloque a apabullar a los inventores de las fórmulas.

Hasta que le fue posible divisar una de las casas que iba a tomar por retaguardia. Cruzó el camino lindero, empuñó como un timón el molinete de palo que guardaba la entrada. Y ya el mundo en sus manos. La nueva atmósfera que había surgido de golpe, y en la que se evaporaba un balde mediado de leche, tuvo la virtud de compensar su miseria al regreso del bosque.

—Leche... Pero si es nada menos que con ella mi reencuentro. Un elemento que el hombre no ha comprendido aún —declaró en su media voz más cautelosa, vigilando alrededor—, algo de la categoría de la sangre y que un simple color ha traído a menos...

Ya iba a apoderarse del cubo cuando sintió que el imprevisto que nunca falla se le venía encima. Un ladrido corto y grave, anuncio sin duda de otros más reveladores que parecían ser administrados con método, acabó de evidenciarlo.

—No... No... —dijo en tono calmante, tratando de contener con ambas manos el escándalo.

Estaba frente a un enorme animal de color gris, con manchas blanquiazuladas dispuestas en cierto orden de cielo semicubierto. Un amanecer tormentoso que no se decide ni por clarear ni por romper en lluvia, se atrevió a poematizar a fuerza de costumbre. Pero aquello que había ocurrido no admitía otra actitud que la del sometimiento. El animal empezó dando muestras de dominar las reglas del oficio: sentarse sobre las patas posteriores, de lomos a la puerta, enfrentar al enemigo con todas las ventajas de tenerlo bajo control en cualquier movimiento. Claro que sin poder ocultar la única debilidad de que hubiera cabido acusársele, su rosáceo envés lleno de mamas.

—Ah —exclamó de pronto la mujer descubriéndolo y colocándose en cuclillas—, ¿con que ese era el secreto, a fin de cuentas?

Y comenzó a acariciarle la cabeza, las orejas, el cuello. Luego, todo a lo largo de la implantación mamaria, sobre la ternura de aquella intimidad vuelta hacia afuera donde parecían haberse vulnerado las últimas defensas. La desconfianza y el asombro iban pasando sus dioramas a través del instinto despierto de la perra, cuyos mensajes interiores con la vagabunda aceleraban el proceso en que estaría por resolverse el recelo de un momento a otro. Acostumbrada al desafío o a la huida, aquella actitud pacificadora que no mostraba ningún síntoma de engaño la obligó a permanecer a la expectativa, permitiéndole entretanto aprovechar la sensación, robarse el ablandamiento voluptuoso que la hacía gemir con pequeños intervalos.

—Yo te hubiera reconocido como Grisalba, de habernos hallado antes —dijo la mujer sin interrumpir la caricia—. Aunque también podría hacerlo desde ahora, ¿no es cierto? Y tú acabarías olvidándote de todo lo anterior, y hasta del nombre de perro que deben de haberte puesto con la misma escasa imaginación con que creen inventar el de las casas de campo... ¿Lo has observado? Sí. Toda la familia reunida durante semanas para pensar el

nombre. Y luego sale el que tantos otros pusieron antes: «Mi reposo», por ejemplo. El que nunca tendrán, porque hay que podar los árboles, barrer la hojarasca, disenter desde el desayuno hasta la hora del sueño con las parejas aburridas...

Estaba cerca del recipiente abandonado. El animal vio cómo la mujer, que lo había descubierto desde su llegada, alargaba el brazo para atraerlo, levantándolo luego hasta sus labios. Mientras bebía, la leche iba cayendo por los bordes como una cascada. De tanto en tanto suspendía la operación, miraba en el interior del balde como buscando la certidumbre de tanta ventura, y lo volvía luego a levantar con una sonrisa cada vez más humanizada, a pesar de sus desfigurantes heridas.

—Grisalba —dijo al fin reteniendo el cubo junto a su pecho—, ya lo sé, lo he visto aquí dentro, aunque tú no lo creas. De repente, y como sucede en las aguas mágicas, empezó a dibujarse la escena, y ahora se halla completa en todos sus detalles. Que tú me entregarás, eso es lo que he sabido interpretando estas imágenes que están por desaparecer de nuevo. A pesar de nuestro súbito amor, y de que he acariciado tus tetillas, aun con todo eso, tú ladrarás en cuanto yo pretenda abandonar la casa. ¿No es la verdad, no es lo que venías pensando? Pero escucha: acompáñame por lo menos hasta la parva. Quiero tener un poco de sombra antes de que me asesinen.

Dejó el balde, se incorporó, vio cómo la imitaba la perra e hizo con ella el breve trecho.

—¿Y si intento evadirme, y si lo hago? —dijo por probar suerte.

Pero no bien insinuó la mujer el primer movimiento del pie, perdió el animal su aparente bonanza y echó a ladrar con toda la pasión de que era capaz, como si hubiera decidido agotar las reservas. Por un segundo en suspenso, su mirada se quedó fija en la desconocida, que había adquirido su verdadera dimensión y su real estado físico lastimoso al recostarse en el fondo amarillo de la paja. Ella sintió perderse en aquellos ojos donde debían de haber naufragado tantas edades. Eran de color violeta y cerraban en un rojizo ángulo lacrimoso. Distintos y a la vez evocadores de los del caballo, pensó, con un trasluz donde se vislumbra la raíz común de los animales libres, pero malográndose por el remoto asentimiento.

Otro leve giro del pie, y más ladridos. Esa vez la perra le recordó las formas femeninas de la histeria. Para el nuevo silencio se notó en el aire un signo extraño. Había dejado de oírse cierto ruido monótono, como de máquina batidora, proveniente de un cobertizo cercano. Fue surgiendo de esa pausa cuando apareció el hombre en la puerta. El sol de la tarde pegaba en el

rectángulo que lo retenía apenas, como un marco demasiado estrecho, haciéndole brillar el torso desnudo, color corteza de pan, el cabello rojizo. En un principio no pareció alterarse mucho por la alarma. Volvió a entrar calmosamente, hizo reaparecer los abejorros del ruido y salió al fin a pleno aire en dirección a la parva. La perra, dominando en pocos saltos la distancia, le dio algunas vueltas perfectas sin estorbarle el paso y luego se lanzó al sitio donde había dejado la pieza viva, en total sujeción a su voluntad, como hipnotizada. La mujer continuaba de pie, recortada en el cono de paja, con un brazo sobre el pecho tomándose el hombro contrario, en una especie de autoprotección que la hacía más frágil, más lamentablemente herida.

Él la enfrentó de golpe, sin tiempo siquiera para ir conformando la idea y valiéndose de su apoyo. Tuvo un principio de cabrilleo en el aire, como si tropezara. Luego sintió cubrírsele el rostro con una máscara de idiotez petrificada, apenas si con un leve respiro que le impidiera caer junto a la perra.

—Tú... aquí... en mi casa... —tartajeó al fin—, tú... completamente...

Para entonces ya no se sacaban la vista de encima ninguno de los dos, como buscando la definición de un suceso que se hubiera desconectado de las palabras.

—Sí, yo —dijo por último la mujer con una voz oscura y dulce, del mismo aterciopelamiento de su mirada.

Y todo comprendido para ella. Él, por la forma de sus pobres expresiones, parecía haberse referido a algo ya muy vulgar en el orden de los últimos días, algo que estaría ocurriendo a causa de ella y para lo que no se hubiera tomado aún atajos mentales.

—¿Pero es que se trata de ti, realmente? No alcanzo a creerlo.

—¿Me buscaban, no es cierto? —preguntó ella a su vez, adoptando el aire bobalición que parecía haberlos envuelto.

—Sí —contestó él—, y yo también, yo junto con todos.

—¿Y cómo era eso?, dilo.

El hombre tuvo un gesto de resentimiento. Cerró los ojos como queriendo borrar recuerdos, actitudes penosas. Luego volvió a mirarla con la misma torpeza, y siempre sin recobrar nada más que las palabras comunes, desgastadas por el uso.

—Bueno —explicó—, salíamos con todo lo que se tiene a mano: palas, horquillas, leños... Yo no sé por qué... Debía de ser a causa del primero que lo hizo. Hasta que hoy, o no recuerdo cuándo, dijo el cura en la iglesia...

Pero ya era demasiado largo el discurso. Se le había acabado la saliva y hasta el aire, como un reo sometido a interrogatorios que lo desbordan...

—¿Qué dijo? —preguntó ella con cierta sonrisa de complicidad que aún no había exhibido.

—Nos gritó que no eras real, sino una sombra del pecado, algo así como el pecado de nosotros... que acababa de tomar tus formas. Bueno, y más y más cosas, cosas tan terribles que una mujer tuvo un mal suceso y hubo que atenderla allí mismo...

Ella entornó los ojos, respiró cuan profunda era. Parecía querer aislarse en sí misma a fin de pensar lo que acababan de decirle. Fue solo entonces cuando el hombre pudo mirarla por completo, siendo esa la primera vez que lograba sujetar su descubrimiento sobre un fondo de verdad, como un coleccionista de insectos raros. Pero aquello no dio para mucho. Era igual que ponerse a contemplar un cielo del que están por bajar las centellas. Él sabía lo que esa mirada significara una o dos noches antes, cuando solo era un fantasma nebuloso lo que surgía del pasado de su mujer, en tanto la obligaban a clamar por la chica sin pechos y corazón extraviado de la adolescencia.

—Y bien, ¿de dónde viniste, o por lo menos cómo tengo que llamarte? —preguntó al fin tratando de conjurar el derrumbe.

La mujer pareció sorprendida, como si la arrancasen de un estado amnésico. Luego, al cabo de cierto infructuoso recorrido memoria adentro, contestó evasivamente:

—¿Yo? No lo sé muy bien. Mírame, mira cómo me hallo. Friné, creo que es así, podrías adoptarlo desde ahora como yo he inventado lo de Grisalba. Sí, acabo de llamarla a ella Grisalba, y ya ves, abrió los ojos, levanta la cabeza al oírlo de nuevo.

Él no agregó ni una sílaba. Jamás había oído aquellos nombres estafalarios ni entre sus mujeres ni sus perras. Pero estaba visto: todo tenía que ser distinto, misterioso y distinto desde ese momento.

—¿Y tú? —preguntó ella a su vez.

—Juan —dijo él con cierta vergüenza.

—Juan —la oyó repetir con una voz que llenaba toda la palabra.

Por un momento creyó percibir que su nombre sonaba de modo especial, con una importancia y una solidez que nunca había tenido, pero que no era solamente eso, sino un lejanísimo eco que iba desde la boca de la mujer a la boca olvidada de su madre.

—Juan —empezó a decir ella—, yo, cierta vez...

No continuó. Parecía estar condenada a un mundo sin recuerdos que invitaba a lo mismo. No había nada, por otra parte, pensó él, que pudiera interesar de su pasado. Ella estaba tan en su hoy, tan florecida en su rama, que era toda una muestra de presente —mil rayos lo quemaran por no saber decirle todo eso— quizá con algo de futuro, pero sin marchas hacia atrás, en las que puede llegar la noche y extraviarse lo que se ha tenido entre las manos. Además —continuó siempre sin poder revelarlo— estaba lo otro, la desnudez de la mujer, toda entera visible y con aquella pasividad de ventana abierta al campo. Pero era en eso último donde sus propias actitudes se detenían de golpe, sin progreso aparente. Imaginándola en las horas febriles, no se había gastado un solo instante en cerrar los ojos para dejar de verla, ni aun dormido. Y ahora, sin embargo, parecía despreciar cada detalle de la verdad, en el vertiginoso trance de poseerla sin tocarla, como un pobre eunucoide en el que nunca hubiera imaginado transformarse. La miraba en conjunto, alucinadamente, apenas si reparando en el triángulo oscuro con el que se apagaba por la mitad la claridad del cuerpo.

—Friné —dijo de pronto con torpeza—, ¿y por qué estás así desnuda, y no como las demás mujeres?

—Oh, sí —contestó ella observándose con cierto asombro—, fue a causa de aquella historia de mi vida que aún no te he contado, porque siempre que intento recordarla se me escabulle algún dato. Creo que empezó así, en la fiesta de mis treinta años, hace pocas noches. Que yo diera en mirar a los demás en la forma cómo serían otros treinta después, con las voces cascándose, el pellejo colgando que ellos se estiran a veces con los dedos para crearse un segundo de ilusión, el sexo con los verbos ya sin conjugar y el miedo de morir desprevenidos al acostarse cada noche. Entonces, con un pretexto cualquiera, me fui a mi habitación, me desnudé para explorarme y ver que todo estaba aún en orden. Pero en un orden sin sentido, porque me dolía igualmente. La vida duele porque sí. Y ese dolor no nos da más derechos que los que tiene un pobre diablo sin problemas, y los que tendrían también ellos...

—¿Quiénes eran... ellos?

—Los llamo así desde que estoy contigo. Ellos eran los demás. Y aún todavía sigo ignorando si el pensarlos tanto era por odio o por amor, nadie ha podido ayudarme en eso...

—¿Y luego?

—Luego dejé mi ropa sobre la silla, como si les entregase el regalo de mi antigua piel, me puse encima un abrigo y salí hacia la estación de ferrocarril,

colgándome casi en el último tren de la noche. La luna me favoreció para llegar a esa casa solitaria. Me quité lo que llevaba puesto, me tendí en la cama. No conocía aún el sistema de las luces, pero pude ver, por la que se filtraba, que había sobre la mesilla un libro y una pequeña daga marcando las páginas. Entonces debe de haber ocurrido. Porque al final yo tenía la cabeza cortada, ¿sabes?, y se me desangraba entre las manos. Me la coloqué malamente y salí al campo, sin tiempo de vestirme. Luego me hubiera sido inútil la ropa, y además ahora estaría sucia...

—Mujer, mujercita —dijo el hombre recobrándose—, tú estás enferma, imaginando locuras, cosas que no tienen sentido. Y yo no puedo llevarte a mi casa que está ahí, a pocos metros de nosotros. No puedo, aun queriéndolo con todos mis deseos.

—¿Y por qué? —preguntó ella cándidamente—; yo he aprendido de ayer a hoy que todo se puede...

—Dios mío —añadió él en su persistente fidelidad matrimonial—, qué terrible el no hacer lo que se quiere. Aunque lo último que se ambicionase antes de morir fuera esto que tendré que intentar de cualquier modo, tomarte en brazos como en una noche de bodas, empujando las puertas con el pie, abriéndome paso entre los chismes de la casa... A ver, vamos a probarlo siquiera... Pero ¿por qué no has dejado de cubrirte el hombro, qué es lo que hay ahí?

Ella quitó la mano del lugar. Y entonces él pudo ver una desgarradura como de zarpa. La carne se hallaba abierta en dos labios y había tierra y briznas pegadas en la sangre seca.

—No, Juan, no te inquietes por esto, han sido solo las uñas de un árbol. Me duele menos si lo cubro del aire. Pero no tiene importancia.

—Sí, Friné —gritó entonces él con energía—, yo necesito llevarte, poder hacerlo. Debo curar esto y todo lo demás... Es una mujer —gruñó apretando los dientes y los puños—, una mujer herida.

—Juan, ¿y cómo harías para curarlo?

—Tengo un emplasto amarillo —contestó él ingenuamente—, lo utilizo cuando se lastiman los chicos.

Se vio una vez más cayendo en la trampa, como si sus torpes palabras vinieran siempre de vuelta a soplarle el rostro. Pero era demasiado cálida la proximidad física del otro ser para interferirla con pequeñeces. Veía mover sus pestañas, estaba percibiendo el aire fino de la nariz, le observaba latir la arteria del cuello.

—No, Juan, no pienses en llevarme —la oyó decir—. Tu casa es tu casa, lo que quiere decir que ya no es tuya. Yo sé que no me entiendes, pero tampoco podría explicártelo porque es largo y difícil, y las cosas así ya no me tientan.

—Largo y difícil —masculló él sumergiéndose en aquella historia que, de tanto llevarla encima, al igual que una prenda descolorida, ya ni se recuerda el origen.

—Sí, pero no tanto como para olvidar un punto intermedio. Si hay hijos a quienes poner ungüentos amarillos, será que los niños llaman después a la madre. Además —agregó con cierto matiz de travesura— no me duele, te he mentado diciendo que sufro menos si lo cubro del aire.

Había hecho girar el cuerpo algunos grados y la herida quedaba a la altura de la barbilla del hombre. Él sintió en toda su piel los efectos del roce, y cayó con sus labios sobre la zona magullada, en una especie violenta de ritual salvaje en el que cada rincón de su ser parecía reencontrar los perdidos ancestros. El sabor ferruginoso de la sangre acabó de enajenarlo. Era como dejar de habitar su propio clima para lanzarse al primer golpe de viento quién sabría hacia dónde, como una semilla ciega en un verano desconocido. Y, sin embargo, entre su boca posada en aquella herida, tan semejante a un sexo de mujer, y el deseo de entrar por sus verdaderos labios, qué sensación de mansedumbre, qué dulce y misericordioso el acto. Cuando levantó de nuevo sus ojos, encontró a la mujer con los suyos cerrados, la boca entreabierta. Pero eso duró apenas un segundo. Ella volvía a mirarlo, a acariciarlo con sus rayos oblicuos llenos de luz hacia adentro.

—Juan —dijo sorprendiéndolo con su voz y tomándolo por la cintura—, qué pureza emana de ti, qué paz inesperada se vive contigo. Dime, ¿verdaderamente me hubieras llevado a la casa, pero a mí, sin ponerme el nombre de otra, sin llamarme Antonia, por ejemplo?

Él la había rodeado en la misma forma. Pero la inusitada confianza de asirla de ese modo no alcanzó tampoco para traer grandes palabras a cuento. Aquella mujer le hacía sentirse desgraciado, inválido y más obtuso que nunca. Intentó salir del paso hablándole de algo, algo elemental y tonto relacionado con lo que ella pudiera estar sufriendo como mujer a causa de su soledad, de su abandono.

—No, Juan, yo no sufro —negó ella tras un atisbo de sonrisa—, pero me hubiera gustado mucho que me llevaras, que me tuvieras contigo.

Empezaban las situaciones a ser vertiginosas para ambos. Se sentían remotamente viejos en el conocerse, era una enormidad el tiempo que ya

había transcurrido entre ellos. La mujer apretaba aún la cintura del hombre, al borde del pantalón sujeto con un delgado cinto de cuero. Qué femenino y suave le parecía él en aquel sitio, las caderas no tan viriles como sus hombros, su voz, su pecho. Pero emanando de allí su propia dulzura, una especie de fruto demasiado al alcance de la mano, expuesto a quien quisiera, sin la seguridad de las cosas rodeadas. No quiso, sin embargo, comunicarle eso tan íntimo y quizá ofensivo para lo que el hombre cree que deberá ser su verdadero atributo.

—¿Y, entonces —preguntó de pronto echando hacia atrás su cabeza llena de pequeñas hojas—, qué harías teniéndome?

Él la alejó de un modo brusco, apretó las mandíbulas, cerró los ojos.

—Qué audacia. Las mujeres de acá no interrogan así, y uno acaba primero no prometiéndoles y luego no haciéndoles nada. Pero si tú quisieras saberlo —continuó— yo viviría alcanzándote cosas y más cosas. Tú me lo pedirías todo y yo te obedecería sin olvidarme, sin cansarme. Y muchas otras que no me pidieses, y las que yo hubiera ignorado hasta el momento llevar conmigo o adentro de mí, cosas que siguen quedando en uno después de haberlas dado a medias, para entregarlas al final en una virginidad insospechada. Pero a quien fuera como tú, únicamente solo a quien fuera así, y a nadie más en la vida.

—Qué hermoso todo eso, Juan. Únicamente que yo te pediría siempre y cada vez lo mismo hasta cuando me alcanzaras agua: dámela tú, dámela con tu pura boca.

Una especie de decisión de morir, más que el deseo de besar, desplomó entonces al hombre en el borde de aquel pozo celeste que se había abierto de golpe para él y de cuya sima no poseía datos. Intentó retroceder, como si la vida sin relieve de todos los días, que se había instalado en el ruido monótono de la batidora, le tironease de la nuca. Pero a plena independencia de sus poderes de contención lo estaba dominando aquella otra fuerza autónoma, ingobernable, que porfiaba hacia delante. El desplazamiento de serpiente de su sexo en el nido oscuro, cálido y húmedo tras la burda ropa, algo tan conocido y extranjero al mismo tiempo como una infancia retornada con miles de experiencias viejas en su seno.

Lo que se da sin desarraigar, para poder ofrecerse de nuevo, y quizá entonces por la primera vez. Él mismo terminaba de decirlo, y casi no se reconocía en aquellas palabras que le habían nacido de golpe como una revelación y que de pronto cobraron su sentido inaugurando una era vertiginosa en la que todo pareció cambiar de eje; el mundo, el alma, el

tiempo. Cruzaban por su aire unas nubes agónicas, cuyo contacto con la carga contraria del amor le invadía el cuerpo de magulladuras, de las que solo era posible deshacerse con nuevos y profundos latigazos eléctricos, como una rebelión de caballos de fuego en un desierto.

Hasta que el cielo matemático de siempre, que había vigilado la quemazón de sus bosques terrenos, decidiera recuperar la chispa, volverla al derrotado y tierno punto muerto.

—He visto... algo... algo que nunca sospeché... que pudiera verse —dijo él desplomándose al fin sobre el pecho de la mujer—. He visto girar tu cabellera... alrededor nuestro mientras sucedía. Nunca... nunca más sino contigo... podría volver a repetirse.

Estuvieron unos minutos más así, absortos cada cual en su propia remembranza.

El hombre pareció, de pronto, retornar al mundo del que se había evadido. Levantó la cabeza hacia la mujer, la envolvió lentamente en una mirada de asombro, casi de estupidez, como cuando recién la había descubierto. Detrás de esa mirada —ella lo percibió— estaban las horquillas, los palos, el sermón, el deseo y el odio de tres días. Pero todo eso que él había conocido antes de existir la mujer se movía entonces en una luz distinta, la que irradiaba de ella, desde su voz hasta su pelo, desde su herida del hombro a su último cansancio amoroso.

—¡No —gritó fieramente—, no, nunca!

—Sí, Juan, no tendrás otra salida —dijo ella con dulzura— sino esa que acaba de perturbarte; entregarme como lo ha hecho tu propia perra. Mira las cosas tales y cuales son, y no simplemente como las hemos estado soñando. Vendrán y serás tú quien los obsequies conmigo. Yo afronto mi libertad —añadió aún en otro tono de voz, semejante, según lo advirtió, a la de cierta mujer vestida llamada Rebeca Linke—. Mas nadie debe ser obligado a sufrir por la liberación de otro, Juan, sino uno mismo.

—Pero yo te quiero, yo te encontré, yo te he poseído —dijo él cándidamente.

—Y todo seguirá contando para nosotros, Juan, mas no para ellos, eso es lo que importa ahora.

Le sonrió por darle ánimos. Entonces, al ver sus dientes purísimos, él le preguntó como un tonto, olvidado casi de la inminencia de los sucesos:

—¿Fuiste tú quien mordió una manzana de estas cercas?

—Bah... —contestó ella evasivamente—, es una historia demasiado vieja. Hace miles de años y yo no tenía ombligo. ¿Qué puede importarte a ti de la

desgraciada manzana?

Él volvió a mirarla con inquietud, retomando la sospecha dolorosa de su locura.

—Pero no te preocupes, Juan. No nos podrán impedir lo que ya es nuestro, lo que ya tuvimos, lo que podamos vivir aun en contra de sus gustos. Yo me torno a mi casa de la pradera y desde allí te amo.

—¿Pero es que tú has comprado la casa de la pradera? —dijo él como pinchado por una aguja maligna.

—Sí —contestó la mujer con naturalidad—. Y aún no sé por qué. Primeramente, creo que a causa de mi insensato amor a los ferrocarriles. Después debido a que la finca no tenía una dirección postal definida, ni siquiera nombre. Y al fin por complacerlos, cuando vi que me hubiesen regalado la llave junto con la historia de sus cuerpos que dejaban en el amoblamiento.

—Pero es que esa casa no se debe habitar —dijo él cayendo en sus temores de campesino—. Todos los que lo han hecho han muerto después de un modo extraño, que casi nunca parece luego tener nada que ver con la casa, pero que comienza en su propio hechizo.

Ella rio fuertemente, por primera vez.

—Morir de un modo extraño, Juan, y eso qué importaría. Yo te acabo de dar mi vida al contártela, y tú me has dado la tuya al sufrir por no poder entregármela. Quizá ya desde hoy no tengamos más nada propio que la certeza de este intercambio. Eso quiere decir que todo ha sido anterior a la pobre finca. Ella no ha hecho más que recibirse amablemente de nuestra muerte.

—¿Pero es que la adquiriste ya? —insistió en saber él.

—Sí, cómo no. Si además me la vendieron sin cobrar por mi noche en la cabaña, y luego mi desposamiento con el río... Y ahora mi encuentro contigo...

El hombre la besó frenéticamente en los pechos, ocultando luego la cara en aquella especie de valle del nacimiento, donde todo lo que pudiera ser misterioso se tornaba claro y deliciosamente accesible. Y no era ese el único eje de simetría, el último paso de la montaña donde poder internarse. Más abajo, deslizándose ambas manos, atreviéndose luego a explorar la partición geométrica del mundo, era posible hallar el otro extremo de la vida, húmedo y solitario, donde parecía guarecerse el verano que los estaba asaeteando.

—Sí, Juan, amor mío —prosiguió ella con voz desfalleciente—, será una muchedumbre armada de los mismos leños del otro día, pero tú y yo

queriéndonos así, y hallándonos siempre así, por encima de sus estúpidas testas y hasta de su cielo incompleto, de ese cielo sin esto que tú y yo estamos sintiendo ahora porque dejamos de pertenecerles...

—¡Basta! —le imploró él volviendo a abrazarla—, tú no podrías imaginar lo que será en el pueblo la explosión de este asunto.

Se desprendieron, tornaron a mirarse perdidamente. Luego la mujer comenzó a frotar el pecho del hombre con la mano abierta. Se lo hacía de través, hacia uno y otro lado, con una alegría infantil prometedora de toda la demás que puede darse.

—Quisiera jugar contigo, Juan, ¿me dejarías? Hay seres que no juegan nunca, ¿no es así? Qué tristeza al morir y descubrirlo ya tan tarde.

Fue en ese instante cuando sucedió lo que ambos estaban esperando, aun en el olvido y sin saber bajo qué formas ocurriría. Por el camino del frente había llegado la mujer, con un hijo contra el pecho y el otro, el de las pecas, a un costado. Este, habiendo encontrado a los cachorros famélicos y sin saber aún para qué servían las patas, tomó uno debajo de cada brazo y se apareció entonces al fondo del establo, junto a la parva, inmenso en su pequeñez, mudo al principio ante lo que veía y luego proclamándolo con toda la vehemencia de su joven garganta.

¡La mujer desnuda! Había vuelto a cobrar su primitivo nombre, impúdico, obscenamente descubierto. La noticia corrió junto con la leche recién ordeñada que se vuelca por no mirar donde se anda. Abrió ventanas cerradas a clavo largo tiempo, sacó a luz hasta algunos pocos seres contrahechos que empezaban a instaurar blasones familiares. Por su parte, el hombrecito con vocación de sacristán obligó al cura a entregarle todas las llaves santas junto con el campanario. Él ya no era el padre de su iglesia después de lo dicho ese domingo. Que devolviera, pues, el gobierno absoluto hasta nuevas órdenes, principalmente la administración del régimen sonoro. El cielo, que parecía vidrio caliente, amenazó entonces con hacerse añicos a los golpes metálicos con que el individuo cobraba los que se había propinado horas antes en su pecho.

Juan y la mujer desnuda, al frente ya de la casa, comenzaron a ver la enormidad que se acercaba. En un principio parecía una invasión de hormigas o de saltamontes. Luego, a medida que se humanizaban las formas, se definía lo que cada uno llevaba al hombro, en la mano. Vueltos a armarse, no hubieran sabido explicar en nombre de qué, si para matar a la mujer o al primero que se apoderase de ella, que a su vez iría a pedir desde el suelo la muerte de otro, y así hasta acabarse la semilla humana.

—No sigas —dijo con angustia el hombre.

Entró rápidamente a la casa, descolgó de un clavo su capote encerado de color amarillo que usaba para recorrer el predio en las noches de lluvia, cuando oía ladridos persistentes o mugían las vacas, y se lo echó encima a la mujer, aumentando su fragilidad por contraste. Ella se dejó hacer como un niño. Era igual que llevar encima la cáscara del mundo, pensó, pero no quiso apremiarlo con protestas que nadie comprendería. A él le había ocurrido, entretanto, un fenómeno inconsciente. Como siempre que descolgaba el capote tomaba también el farol que pendía a su lado, hizo esa vez lo mismo, tal un autómatas. La mujer pudo verlo cómo, habiendo dejado el farol en el suelo para ayudarla a cubrirse, lo volvía a levantar mecánicamente y se aprestaba a desafiar así a la muchedumbre armada.

Era un sendero angosto, bordeado de manzanos llenos de frutas que rebrillaban entre las hojas lo mismo que las que se ven en las postales, y que de tanto en tanto caían como cabezas tronchadas. Aquellas hormigas en dos pies habían acabado olvidándolo todo, hasta que las manzanas maduras viven en el aire poco tiempo. Menos a la mujer, y, desde luego que tampoco, lo del capote. Ese gesto estúpido de Juan les había caído como una bofetada. Tenía algo de estafa el haberla cubierto. ¿O era que se iba a soñar con cierta mujer desnuda para encontrarse después frente a una especie de guardia rural de pelo largo y rostro afeminado? Pero, desnuda o no, allí estaba ella, al fin, tan verídica como podría serlo Juan y su mismo farol, o la perra que los acompañara.

La muchedumbre tomó por último la calle mayor que conducía a la casa de la autoridad del pueblo, mientras se iba engrosando por el camino. Todas las adyacencias vomitaban ojos, piernas, garrotes, sucias palabras. Y una multitud de perrillos sin raza, como para asimilar mejor la de sus guardadores. El sol, mientras tanto, había llegado a lo insufrible. Se aspiraba en toda su intensidad el vaho de madera reseca de las casas, el olor a árbol sudando, a tierra con grietas. Mas eran los pies de la mujer lo único dolorosamente expuesto a los rigores que las otras cosas podían aguantarse. Recrudecidas las llagas, apenas restauradas por el descanso tras la parva, era así como debía ir ella pisando el polvo ardiente, bajo el que se disimulaba la hipocresía de los guijarros. Y además el capote, algo tan tremendo como la súbita mudanza de todo. La habían transportado de golpe a aquel mundo irascible y asfixiante que, por añadidura, le acababa de imponer su impermeable amarillo. Tuvo un segundo de rebelión: quitárselo, arrojarlo a las bocas abiertas de su séquito y seguir caminando en toda su verdad como cuando la conocieran. Pero recordó

la ternura del hombre del farol, imposible olvidar tan pronto lo vivido. Ya no era el mismo de la parva, cierto, con su cintura de amor, sus besos limpios, su deseo. Apenas si restaba de él un pobre entregador que la iba protegiendo de los lobos y que para mayor cuidado le colocase algo en las espaldas. Lo hubiera vuelto a mirar como antes. Pero tuvo temor de encontrarlo cambiado, sustituido, incierto. A escasos minutos de la verdad, aquellos ridículos pigmeos habían falsificado a su hombre, a ella misma. Eran capaces de pretender la adulteración de Dios como bajase a dirigir el juicio. Menos al sol. Lo admitió desde sus mismas plantas llagadas. No les cedía ni un punto, iba a acabar quemándoles los campos, secándoles las ubres de las vacas, robándose el último vestigio de humedad de sus vidas.

Llegaron, finalmente. Lo supo por cierto rumor inconfundible. Todos estarían diciendo una palabra distinta, y de la suma de esa expresión personal habríase formado la masa pastosa que anunciaba algún desenlace. Por entonces, le fue posible apreciar el remolino, el querer estar cada uno delante, el «yo primero» de los procesos, de las ejecuciones... Todo lo que no fuera la propia muerte, pensó comprendiéndolos, para lo que se quiere estar siempre rezagados.

¿Pero qué era, realmente, lo que se proponían? A lo largo de su trayecto no había tenido lugar ninguna pregunta de esa especie. La dulce y evaporada cabeza continuaba sin el hábito inútil, lleno de riesgos, del análisis. Calor, bocas abiertas de par en par, olor a madera reseca, dolor de pies, apenas si la fugaz tentación de arrojarles el capote, eso era todo. Estaba tan armada de sí que no hubiera podido formular preguntas, ni queriéndolo. Solo logró inquietarla el hecho de que cesaran de sonar las campanas, allí mismo a su izquierda. Enmudecieron bruscamente con un extraño choque final, como si los metales hubieran corrido escaleras abajo para asistir a lo que se venía. La muchedumbre quedó desfigurada a causa del silencio. El ruido la acababa de colmar tan hasta los bordes, que vivía entonces ese segundo de extrañeza de la mujer que ha parido y pone por primera vez la mano sobre el vientre. Pero el estupor dio nuevamente paso a las voces, las encuestas. ¿De quién era ella al fin? ¿De todos, de nadie? ¿Quién debería entregarla, reivindicarla y hasta ajusticiarla si era necesario para calmar lo que producía? ¿Los mellizos, Juan, su mujer y su hijo, o acaso su perra?

Evidentemente ella era una especie de propiedad colectiva. Según la leyenda más joven del mundo, había robado el pan de uno, mordido las frutas de otro, bebido el vino de un tercero. Y todos, esto sí era ya daño común, tenían los sesos masticados por ella, el instinto hacia su blanco, las piernas

buscándola. Se acababa de desencadenar, pues, una locura nueva, la expropiación de los bienes actuales de Juan, que la había hallado. Era tan grande la riqueza del hombre que, aun siendo desde ese momento una especie de semidiós, no podían perdonársela. Hasta llegaron a odiar menos a los mellizos, desplazados por el otro, y colocando cabeza con cabeza para superar a la de un simple como aquel, en cuyo nacimiento se oyera un solo vagido. Era la unidad individual reproduciéndose en la ambición de los demás. Juan se hallaba en trance de multiplicación vertiginosa, sin darse cuenta él mismo del fenómeno.

La mujer apreció la gravedad del panorama. ¿Ella, desnuda y desposeída, había sido quien encendiera ese infierno? ¿O era el que cada uno llevara dentro lo que la utilizaría como estopa? Fuera lo que fuera, lo cierto se definía en el crecimiento inexorable de la marca. Venían ya hacia Juan con sus picas, sus horquillas, sus palas. Ella extendió instintivamente los brazos para protegerlo. Un gesto inútil y casi infantil. Azuzados los machos por la agresividad de las hembras en su furia de leonas despojadas, la mujer y el farol cayeron al suelo. Ella volvió a levantarse penosamente. Hundirlo mejor a él, deshacerlo, ese parecía ser el acuerdo. Intuían oscuramente que, al expropiar a Juan, más que a la enajenación de su riqueza ilícita iban a su desgracia, al castigo ejemplar por su dicha. En cuanto a la mujer, aquel desnudo les había recordado con demasiada insistencia lo que ellos se cubrían. La criatura desvestida, tras el desasosiego que arrojara en sus lechos, les acababa de traer el terror de sus almas en descubierto, el soñarse pesadillescamente con sus rencores al viento, con sus pequeñas miserias sin cortinado espeso. Habían sido felices durante mucho tiempo en las casas de madera. De pronto alguien ha dicho: vidrio. Y uno de entre ellos mismos es el enemigo, puesto que está aliado a la pasión revolucionaria de la forastera. Si la protege la ama, y si la ama individualmente va contra nosotros, dicen, que la hubiéramos entregado antes desnuda o poseído en masa.

—¡A matarla!

El grito, seco, profético, resonó en los oídos de Juan hasta romperlos. Se abrazó a la mujer, volvió a sentirla más suya que nunca en aquel disparatado minuto sin soledad, a pleno sol, del proceso en la calle. Fue entonces cuando el odio, desviado por las circunstancias, dio en caer sobre su propio cuerpo. Dos golpes de pala, en la nuca, en la espalda, lo derribaron instantáneamente. Hubo que hacer lugar para que cayera, como un pino en el bosque, sin apelación inmediata, boca arriba.

La enormidad del suceso era más grande que ellos, los excedía. Juan estaba allí, en el suelo, y las lenguas se les petrificaban en las bocas. Pero no faltaban los que supiesen levantar el ánimo de las muchedumbres.

—¡Y ahora a ella, a la fiera desnuda!

Se regían por una voz que, según era posible ya reconocerla, estaba siendo dada por el mismo hombre seco que reivindicase las campanas. Ya iban de nuevo hacia lo alto los azadones, las horquillas, las palas. En ese momento fue cuando empezó a hacerse oír un grito insólito:

—¡Fuego, fuego!

Se volvieron como enhebrados por un resorte colectivo. La iglesia, también de madera como todas las casas del pueblo, reseca por el sol o incitada por algún cirio caído durante el vértigo, estaba ardiendo como paja.

—¡Fuego, fuego!

Ellos no ignoraban que el fuego no se apagaba con fuego. Pero seguían echando aquellas palabras inútiles a la hoguera. Había sido todo demasiado rápido, al menos como fenómeno apreciable, y en ese breve margen en que se toma conciencia de las cosas no era posible otra actitud que la de desgañitarse.

El cura, vano juez de una causa en la que él también se convirtiese en reo, había obligado a esperar los acontecimientos en la casa de la autoridad civil del pueblo. Y era la suya propia la que estaba ardiendo. Sí, fuego. No sabían sino eso —comenzó a gritarles con furia—: encolerizar al cielo y luego darse a clamar hacia arriba como carneros sentenciados. Él iba a demostrarles lo que era amor a Dios, y a Juan, y a Pedro. Pero no cubierto con sayales de mentiras, sino también desnudo, tan desnudo como ella, que estaba allí ofreciendo la miel, la leche del Cantar de Cantares.

—¡Sujetadlo, se ha enloquecido!

Era la misma voz de siempre, pero cada vez más dudosamente engastada en metales femeninos.

—¡Sí, a sujetarme, pero siempre que alguien lo pueda! —gritó el otro derribando a dos campesinos que pretendían atenacear sus brazos—. ¡Y esto, también esto que voy a hacer, a impedirlo quien tenga el coraje!

Ya en mitad de la calle, y enrojecido por los resplandores del incendio, el hombre había empezado a quitarse sus ropas, lanzándolas al aire en todas direcciones. Al centro de aquella especie de rosa de los vientos hecha de trapos, quedó finalmente un cuerpo huesudo, color aceituna, con el pecho y el vientre hundidos como si las funciones que se dan allí hubiesen emigrado hacia el espinazo. Había tal patetismo y espiritualidad en la delgadez de aquel

desnudo que, en los escasos segundos que duró a la vista antes de meterse en las llamas, no pudo sino provocar una sensación de cosa indefensa y tierna que iba a retornar al seno de un mundo menos árido. El fuego salía ya de la casa dispuesto a devorar los arbustos del frente, cuando la conciencia colectiva empezó a husmear el verdadero peligro. De brizna en brizna, de árbol en árbol, de techo en techo, podía arder el pueblo. Todas las casas en la pira, mientras se discutían pleitos locos en la calle. Alguien corrió hacia la suya donde quedara dormido el niño de pecho. Desde ese momento no habría sino que seguir al de al lado. Y se dispersaron en todas direcciones a defender sus maderos, por los que aún seguían siendo parte de aquella tierra.

Los dos reos quedaron junto al templo en llamas. La perra gris y blanca no había dejado de lamer el rostro del hombre caído.

La leñadora estaba absorta en el límite. En cierto modo, aquel bosque sin alambradas ni señales de peligro en el horizonte era su cárcel. Quizá muchas veces los troncos de los últimos árboles le hubiesen parecido rejas. Pero lo cierto era que había cosas, hasta las explicables por la sinrazón, para las cuales su cerebro nunca funcionaría. Ella guardaba en ese pequeño mundo sistematizado todo lo que fuese capaz de contar con un nombre concreto, una utilidad o un tierno destino, desde el número de árboles vivos al de los que necesitaban ser repuestos, desde los botones de las camisas de tartán del marido al vino y al queso que hay que almacenar, y a los inconvenientes del mal tiempo en el tiraje de la chimenea. Y sin muchas ambiciones, la verdadera que un corto día con la miserable noche que le corresponde alcanzaba para todo eso. Últimamente, sin embargo, su hombre, el objeto que nunca se pierde ni cambia de sitio, empieza a fallarle. Sano y estomacal, con los repugnantes deseos antiguos ya por suerte adormecidos, ha entrado en un período extraño de alucinaciones, una especie de vergonzante enfermedad que no puede calificar, porque en realidad carece de la palabra adecuada. Aquello amenazaba ya terminar en la muerte de uno de los dos o en la de ambos, cuando ha recibido un auxilio de su propia mente, a pesar de la completa orfandad espiritual en que se halla. Una sola vez se decae al lado de un hombre, una sola vez se envejece juntos, no puede recurrirse a la experiencia en esas cosas. De modo que es necesario conjeturar, valerse de los propios recursos imaginativos. Quizá tuvieran ellos, pensó en cierta noche de insomnio, el punto crítico donde se dobla la esperanza. ¿Por qué no habrían de sufrir también los hombres las consecuencias del vuelco de la edad, para el que no han hecho sino empobrecerse, agotar sus víveres con tanto derroche en la travesía? Y entonces ella se ha recargado con la última preocupación

menuda, aprender a andar en el mismo sentido, situarse en los silencios, desaparecer como una cosa gris si él insiste en comprometerla en sus delirios de época crítica.

Tenía, además, el recurso del linde, ir hasta allí, mirar hacia la aldea lejana como si contemplase sin alegría ni pena un mundo remotamente posible. Había adquirido en ese puesto de observación cierto olfato de guardián de frontera, que se complacía en aguzar cuando él se hallaba cerca cortando o sustituyendo árboles.

—¡Nataniel! —gritó de pronto en dirección al hombre—, ocurre algo allá, en el centro del pueblo. Hace un momento fueron las campanas. Y ahora el humo, un humo negro.

Él no suspendió los hachazos. Golpeaba con furia, casi con odio, siempre hacia el fondo del triángulo claro que iba minando el calibre del tronco. Al quitar cada vez el hacha de la herida donde el árbol confiesa los años, todo su cuerpo cobraba una tensión desesperada, tan brutalmente viva, que por instantes era como si el árbol fuera a caer sin más, a pura voluntad de los músculos tendidos. Aunque había también un tipo de lucha contraria, no cejar, resistir parado en un pie a los golpes de abajo. Pero aquello, además de duro e ineludible, se acompañaba de ese ruido humillante que parecía un latigazo sin tregua. Y ya no más rebeldías. El hombre calculó en un minuto preciso la inminencia del derrumbe. Quitó rápidamente el hacha, envolvió al desgraciado gigante en la cuerda, tiró con fuerza tratando de salvarse. Cuando todo su cuerpo maduro volvía a hincharse de sangre, el del otro empezó a caer como el de una momia, sin poderse agarrar a nadie, resoplando fuerte, sin tiempo siquiera para lo que había oído por los demás, temblando de premoniciones, y que esa vez no sucedió. El verdugo parecía haber olvidado el grito maderero que continuaba lanzando siempre, a pesar de ser por entonces leñador solitario. Se quedó mirando el árbol como quien contempla un cadáver, con esa amorosa insistencia en querer grabarse todo lo que existía y se ha estereotipado para siempre.

—Eva —dijo como ausente—, sí, Eva... Tenía olor a mujer fina en el pelo. Y ese olor que queda pegado en las cosas no puede uno inventarlo, lo ha dejado alguien...

Intentó extraerlo del olor del pino caído. Pero el árbol había promovido una sucia revolución en su aire: alimañas, hojas secas, polvo, excrementos de pájaros. Y, además, el escándalo hacia abajo, un eco de catacumbas vegetales cuyos esqueletos han sido avisados de un temblor de tierra. Era una convulsión de raíces, de amor colectivo interferido en un abrazo ciego. Él

conocía como nadie ese fenómeno. Un árbol nunca está solo, aunque lo parezca. Miente su soledad como los hombres y echa a andar bajo el suelo, recorre quién sabe cuánto en busca de la misma intención solidaria. Luego sale mostrando su copa individual para engañar a los que aún no cuentan sino por unidades, como el escolar en los primeros tanteos. Él, por ejemplo, él también pensó estar solo, treinta años solo, desde que buscara esa compañía evaporada que había sentido como algo sin realidad, ya al bajar el primer escalón de la iglesia donde los acollararan en mala hora. Y, sin embargo, tal vez en ese mismo instante de su estúpido apareamiento de por vida, estuviese naciendo la otra, la de dos noches atrás, la que había desparramado bajo sus narices aquel olor de madreselvas mojadas que él no puede quitarse ni sonándose a todo ruido. Pero ya no más divagaciones, se le embrollaban las ideas. Ciertamente que la tierra vibra aún por el suceso del pino y la siente galopar en longitud bajo sus pies. Pero está su mujer allí cerca, llamándolo para que observe algo del maldito pueblo. Y él, si no quiere rematarse con el recuerdo del perfume, debe ir a ver qué ocurre, apantallar las orejas hacia las campanas o aspirar el humo, hacerse también su pequeño problema con aquellas minucias.

—¿Has oído, Nataniel? Debe de estar ardiendo una casa, son todas de madera y el sol las tiene a punto. Pobres gentes...

—¡Pues mejor así, que se quemen vivos! —gritó inusitadamente el hombre, luego de escupir con fuerza—. ¡Mientras no sea el bosque el que arda, mientras no sea nuestro bosque, que se achicharren todos, gusanos de la madera podrida! ¡Nunca les alcanzan los árboles, siempre más y más madera para ellos, mierda!

La mujer desnuda se arrodilló junto al amante caído sobre la espalda. El pecho dulce, la boca entreabierta, los ojos fijos, tenían una belleza como vuelta al revés —pensó acariciándolo, y sin saber si ese tiempo que dejaba irse se hacía de minutos pertenecientes a la vida, a la muerte.

—Juan, mírame, escúchame. Nos han dejado solos, completamente solos...

Al resplandor poderoso del incendio, habían cobrado ambos una tonalidad de manzanos florecidos, pero tan ajena a la propia rama como si el color se estuviera dando en una primavera de otro mundo.

—Juan —volvió a decir ella con una voz desesperadamente tierna—, estoy a tu lado, te amo, existo.

Las palabras parecían impotentes para tocar la otra conciencia, a la grupa de postas perdidas que jamás recuperarían el mensaje. Pero de pronto, como

del fondo de un abismo, empezó a salir algo, remotamente triste, desarraigado del hombre.

—Tú... Ya no recuerdo cómo te llamabas... Tú, yo, nosotros...

La voz había surgido de la nada. Quedaba suspendida en el aire con la misma ingravidez de una pluma, una hoja.

—Dime, dime eso que quieres. Tengo el oído en tu boca, y ellos no están ya a la vista. Ya, ya —volvió a pedir la mujer enloquecidamente.

—Solo quería... que te lo quitaras...

—¿Qué, qué cosa debo quitarme?

—Eso... absurdo... que te coloqué encima... en mala hora...

Ella comprendió. Sacándose el pesado capote lo arrojó lejos.

—Sigue, sigue diciendo más cosas, amor mío.

—Y ahora —logró articular el hombre— vete... vete...

—¡No, nunca! —gritó ella—. ¿Yo, dejarte, y ahora?

Luego, sintiendo la relativa proximidad de aquel ser que buscaba imperiosamente cobrar distancias, pero remando aún en su orilla, volvió a hablarle al oído, como lo hacen en la noche los que se aman y duermen juntos, por más que estén solos y a puerta cerrada. Después lo besó con dulzura en la oreja. Pretendía introducir palabras y amor allí dentro, el único acceso aún franqueable del hombre. Vio lo poco que lo conocía físicamente. En el interior del lóbulo acababa de descubrir unas menudas pecas tímidas que recordaban la arena retenida en las almejas.

—Juan —volvió a implorar sintiendo el rumor de aquella oquedad—, es necesario que vivas, para amarme, para que yo pueda amarte. Tú no alcanzaste a sospechar jamás, ni antes de nuestro encuentro en la parva ni ahora mismo, cuánto podrías amarme. Yo no me llamo como te dije, aunque quizá lo fuese así y de muchos modos, porque sería en ti todas las mujeres que tú irías restituyendo noche a noche a un nombre sencillo y vulgar como deseabas, pero de mujeres verdaderamente amadas. Tú no imaginas cómo sufren ellas, todas ellas, cómo me han empujado a salir para decírtelo.

—Dónde... quedaron...

—Quedaban detrás de mí, mirándome cual la lluvia en los vidrios, lamiendo su soledad como perros la pata lastimada. Estas, también estas de aquí, se hallan sufriendo porque no saben descolgarse al amor como falenas hacia la luz de la tarde. Irían todas, las otras y estas, saliendo de mí, siempre distintas, con la piel y la voz y el aroma diferente. Y alguna vez, cuando la mujer que yo te diera resultara demasiado difícil, tú me permitirías ayudarte a

cambiarla, hasta irla convirtiendo entre los dos en una aldeana dulce que nos ofreciera sus pequeños pezones de oliva mansamente.

—No... ya no...

—Juan, déjame entrar en ti, hacer todo lo que puede hacerse entre dos, hasta voltear al final el último número que se deja partir, y no ser sino uno, nada más que uno.

—No... no hay tiempo... vete ya... Quiero ver... tus piernas... de atrás... desde el suelo —habló el hombre caído, cada vez con menos fuerza.

—¡No, no! —exclamó ella sofocadamente.

Pero empezó a observar con terror cómo el rostro de él continuaba retrocediendo, ocultándose en los sudores como un ave tras la niebla.

—Sí... Quiero morirme viendo que los dejaste... Limpia y valiente tú... Ellos, los sucios, los carcomidos, los cobardes... Y tuve que morir para entender... lo que te proponías... —dijo él aún tras el rocío de su cara.

La mujer apreció la total inminencia del trance agónico. Aquella lengua no daba para más, estaba agotándose en el último esfuerzo. Entonces, como si respondiera al más antiguo de los ritos, se tendió al lado de su hombre, le pasó el brazo bajo la nuca húmeda y lo besó en la boca. Sintió cómo él ya no podía responder sino débilmente a lo que ella estaba tratando de transmitirle con sus labios. Había una negación, un límite creciendo. Y, sin embargo, era posible que existiese sangre allí detrás, la sangre del amor, aquella pisoteada rosa viva.

De súbito, como en una especie de respuesta, la única que él podría eyacular de todos sus sistemas, comenzó a salirle un hilillo rojo por la comisura de los labios. El suceso se produjo de golpe, y con más fuerza que la que el angostísimo río era capaz de traer por sí mismo. La mujer vio con pavor eso tan brutalmente solitario y definitivo que estaba ocurriéndole a ella misma por el acontecer del otro. Hubiera querido gritar, romper el cielo con sus voces. ¿Pero qué haría con eso?

A un lado el incendio, cada vez con más hambre, y al otro lado ellos, los asesinos. Volvió a mirar la sangre. No habría argumento posible, ni entonces ni nunca, contra la sangre que se aleja del cuerpo.

—¡No, no! —gimió con toda su pasión, para él, o para ella, o para nadie.

Mas no pudo ya ni con el peso de la negación, que era al mismo tiempo la más terrible de las certidumbres.

—No, Juan, no —repitió aún débilmente, casi ya sin saber por qué, con los ojos fijos en aquella boca y en el estertor que se había instalado dentro del cuerpo caído, recorriéndolo como una invasión de viborillas electrizadas.

Trató de dejar la cabeza yacente y comenzó a incorporarse. Quería que él tuviera lo que deseaba, la imagen de sus piernas abandonando el pueblo. No alcanzaría a verle la espalda desde sus ojos vueltos. Pero sabría por el ángulo de los talones en el suelo que ella se estaba alejando, desnuda, firme y descomprometida como llegase a aquel pueblo sin nombre.

Caminó un trecho a plena conciencia, lentamente, para permitir que el amor se resarciera. El amor quedaba allí desfalleciendo, muerto quizá al levantar ella el pie por quinta vez para complacerlo, mientras se iba sin vivirlo. No habría futuro para el amor, pensó, apenas si un breve presente, tan precario como intenso.

—Explícalo, Juan, dímelo desde ese mundo al revés en que has quedado —habló marchando siempre hacia delante—. ¿Qué hago yo ahora con esto que no puedo rehusar ni entregarte, qué es lo que se hace con el amor que ha nacido con un destino; en dónde, en qué ser, en qué cosa puede ponerse eso nacido para alguien, alguien que se evapora y no lo toma?

Abrasada por la rojez del aire, dio en mirar hacia el cielo. Era una granada abriéndose. Volvió la vista hacia atrás. Lo que encontró la hubiese llevado a estatua de sal o de granito. La iglesia se había transformado en una osamenta luminosa, mantenida apenas sobre su pie y a punto de desplomarse.

—¡Juan —gritó desandando el camino—, el templo en llamas está por caer sobre tu cuerpo, voy a arrastrarte, déjame que tire de tus piernas!

—¡No! —rugió entonces una voz enorme desde el suelo, una voz en que parecía reunirse la muchedumbre de los que no han podido morir su muerte electiva.

La perra, que continuaba lamiendo la cara del agonizante con la intensidad de una pequeña ola en la orilla, recibió aquel grito como un latigazo. Y se sentó en sus patas de atrás a gemir sin respuesta.

Y bien, él lo ha ordenado: caminar, irse. Pero hacia dónde, y triturando qué cosas con la mísera muela cerebral que no sirvió siquiera para levantarlos más arriba de la estatura de sus coles. Podría ser hacia donde parece que evoluciona el sol en ese momento, si siempre siguiera haciéndolo al oeste. Al oeste. Y de pronto recordó. Alguien que había dicho cosas del dolor del hombre, el hombre de todos los lugares, cosas que podrían servir entonces para andar cualquier camino y hacia cualesquiera de los vientos. «Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur, como esos huevos neutros que algunas aves raras ponen del viento. Si hubiera muerto mi novia, mi dolor sería igual. Si me hubieran cortado el cuello de raíz, mi dolor sería igual...».

Palpose angustiosamente la marca de alambre ardiendo en su último sueño. «Mi dolor es del viento del norte y del viento del sur» —repitió aún.

Sí, estaría ahí el nudo y ella acabando de deshacerlo. Un dolor sin lugar en la tierra, y de todos los lugares. Al igual que el de esos trotamundos que se arrojan de los trenes de carga en cualquier sitio no previsto en el itinerario. Y ocurre que era allí, precisamente, donde tenían que morir por algo que ellos mismos jamás hubiesen descifrado.

Odiaba desde siempre las moralejas, rechazaba las conclusiones finales y los mitos que las generan en un mundo que de pronto se abre en volcán, en aluvión de lodo, en silencio de sombra que anda en busca del cuerpo desintegrado. Pero al menos el del salto mortal, con sus harapos roñosos y su piojera abandonando el cuerpo a medida que pierde calor, habría cerrado el ciclo aquel, ese que los apacibles que van llenando todo el asiento de las cabinas de lujo nunca sospecharán —habló para sí, en aquel lugar donde la vida parecía haber olvidado sus trajines, y que era, lo reconoció, el mismo camino intransitado que separaba el pueblo de los predios salvajes y cegaba en el río.

Más árboles, más guijarros en estado primitivo bajo los pies que van dejando huellas de sangre en cada paso. Y, sobre todo, más silencio deshabitado, de ese que sale de los aledaños de los cementerios. Sentía, entretanto, resbalar de sus muslos el semen altamente viscoso del único hombre de la aldea. Lo recordó una vez más, erecto y dulce junto a la parva del establo, confesando su experiencia inédita en el centro de revolución de una cabellera. Espanto. Aquello, vivo aún y lleno de poderes que estaba humedeciéndola, y el ser que lo había sacado de su médula para dárselo eran una sola cosa. Únicamente distintos en que podría ella albergar la pequeña ofrenda, mientras que su dador yacía allí detrás, en su ilevantable soledad, caído de espaldas por la causa. La causa, sí. ¿Pero con qué nombre? No lo sabría exponer ante ningún tribunal si la atrapasen para juzgarla. Y, sin embargo, debería traducirlo al signo del mensaje, piensa, el mensaje que ellos pudieran entender al despertarse al otro día, rascándose los vientres sin tener por qué, sintiendo los ojos legañosos y la lengua amarga del mal hígado. No, no ha sido un sueño, dirán. Ahí traen al Juan de verdad sobre las angarillas, con un brazo cayendo como un remo. Es su perra blanca y gris la que viene lamiéndole la mano, y son sus dedos los que escriben esas rayas en el suelo. Luego miran hacia la iglesia en busca de apoyo. No está. Recuerdan entonces el salto del cura hacia las fauces del infierno. Pero había también una mujer desnuda, ¿no es así? Ya están en su completa vigilia, pues, y han arribado a

una trilogía con ella, aunque sin poder explicarla. Sin poder explicarla... De golpe, aquellas tres palabras empiezan a instalarse por dentro de sus sienas. Las quieren suprimir y se reproducen. No por lo que contienen, sino por su pegajosidad de telaraña. Más árboles, más silencio vacío, más confusión de situaciones vividas sin su tiempo. Y, sobre todo, más multiplicación de las tres palabras inocuas que martillean ciegamente. Ahora es alguien que ha vuelto no se sabe de dónde para recordárselo. Un hombre joven que ella vio en algo parecido, arrojando a lo alto un pañuelo y barajándolo un millón de veces, hasta echar el sudor de la locura por cada poro de su cuerpo. «Nunca había hecho nada extraño en su vida —gimió la madre a los que habían venido a colocarle la camisa de fuerza—, nunca sino desde que empezó hoy con ese pañuelo...». Sin poder explicarlo. Era, quizá, su pañuelo. A cada cual un pañuelo para su locura propia. ¿Pero por qué aquella oscuridad progresiva, como de eclipse? No recordaba haberse detenido en ningún punto, al menos para permitir a la noche que se le adelantara por el atajo. Más bien un crepúsculo de dentro afuera, de su alma al paisaje tenebroso que la iba haciendo cada vez menos segura de la realidad, como si cada cosa visible se fuese clausurando tras cristales opacos caídos verticalmente.

—Nadie se duerme mientras anda —logró articular con sus últimas reservas de claridad interior—, nadie ha dejado de existir si sus piernas aún lo llevan... «Y sin poder explicarlo».

Por entonces, habíale caído a los árboles de ambos lados la muerte súbita. Fue en el preciso instante en que ella iría a gritar, gritar ante quiénes, si el resto acababa de congelarse, y por lo demás con qué garganta, cuando empezó a sentir la presencia del otro, en un principio como distante, luego audible en sus pisadas de verdad, lentas, sin asomo de meta, como desentendidas para siempre de todos los compromisos. Y, al fin, la corporeidad de quien se empareja. El caballo de la rastra, o su doble figura fantasmal o él mismo, al que nadie se había animado a uncir de nuevo. Ya iba a abalanzársele cual a la única cosa apropiable de aquella especie de valle del desencuentro, cuando percibió que él llevaba en sí, desde el ritmo de sus cascos a la no mirada, una carga tan total de indiferencia o de designio que nadie hubiera podido interferirlo con ningún pensamiento. Pero al menos él, sí, está vivo. Ahora que ya la adelantó podrá correr para alcanzarlo, aun valiéndose de las piernas de algodón que le han sustituido a las de antes, rozarle el cuerpo de verdad, volverlo al mundo que compartieran. Si probablemente lo han enloquecido los de allá, como bien puede enloquecer un animal al que de golpe se le adjudica un contacto maligno, al menos

reconocerá a quien le besó la inmunda llaga, disputándosela a la mosca como dos viudas para un solo amante. Pero él prosigue, aunque habiéndolo alcanzado ella sobre sus malditas piernas fofas. Y luego se le escapa otra vez, y otra. Por fin, al cabo de aquella serie de reencuentros inútiles, sucederá algo que se lo devuelva, el límite del río. No tiene más elección, o retrocede allí o la espera. Entretanto, ella mirará hacia atrás de su tiempo, donde quedó el amor, donde quedó el dolor del hombre de los cuatro vientos. «Juan, el templo en llamas va a caer, deja que tire de tus piernas...». «¡No...!». El animal ni se detiene ni retrocede en la orilla, sino que atraviesa el agua, pero sin penetrarla, completamente ingrátido como un Moisés reencarnado.

Entonces ella supo el porqué, rompiendo, al fin, el cerco de las tres palabras que la venían interceptando. Él la miró con ojos fosforescentes desde la otra margen. Y no como acabando de descubrirla, sino como quien en realidad sabe que ha llegado el momento de algo, algo que no puede ocurrir sino en su minuto preseñalado. El río había vuelto a cerrarse. Y él seguía aún allí con sus ojos colgados del crepúsculo. El único que la acompañase hasta el final, y que la mira sin pestañear como un planeta de luz verde. Pero está en la otra orilla. Y es por eso por lo que ella ha puesto el pie en el agua, como la ayudan sus piernas algodinosas que por momentos adquieren una pesadez de plomo.

—¡Ah, mala bruja, has cambiado la funda! ¿Dónde está aquella funda? ¡Habla, no suelto esta garganta hasta que lo vomites! ¿Qué has hecho con el rastro de su pelo?

Más algodón, más plomo alternándose. Se forma un remolino allí en el medio a causa de unas raíces y justamente cuando ella no puede decidir, puesto que está en el cepo.

—¡Calla, Nataniel, estrangúlame pero calla! Quiero dejar de oírlo aunque sea así, por haberme faltado el aire bajo tus dedos...

Todo lo que cae en ese lugar describe primeramente varios círculos enloquecidos, hasta que algo poderoso que habita abajo se lo absorbe. Mejor así. Que el triángulo que ellos no habían llegado a identificar se cierre, en esa forma extraña para la geometría, con el vértice espiralado de una cabellera que gira, de un cuerpo femenino que gira. Y que luego se hunde definitivamente. No tanto. Tiempo después, el tiempo azul de los ahogados, sale una mano rígida que va diciendo adiós.

—¡Y bien, la he quemado! Sí, he quemado esa funda en el bosque, al pie de un árbol. Y ardió como todo lo que es suyo, como arden todas las cosas del diablo. Pero tú no lo harás, tú no seguirás apretando mi cuello. Porque yo soy

el único testigo, yo seré el último recuerdo de ella que te quede... Y yo sé que aflojarás esos malditos dedos... Tú necesitas de mi garganta que diga no, ella no existió nunca, para seguir creyendo. Como todos, que buscan el no de los demás para que su sí no se les llene de polillas ciegas...

Rebeca Linke pasó por segunda vez junto al bosque, con su largo pelo suelto. Flotaba boca abajo, como lo hacen ellas a causa de la pesantez de los pechos. Fuertemente violácea en su último desnudo, en su definitivo intento de justificación sobre el féretro deslizante del agua.



Armonía Somers, seudónimo literario de Armonía Etchepare, nació en Pando en 1914 y murió en Montevideo en 1994. Hija de un comerciante anarquista y anticlerical y de una madre católica, en la biblioteca de su padre encontró autores decisivos para su formación: Kropotkin, Leopardi, Darwin, Dante Alighieri, Spencer, entre otros. Terminó sus estudios en 1933 y comenzó su carrera como maestra y pedagoga. A partir de 1960 fue invitada por la UNESCO y por distintos organismos educacionales a París, Londres, Ginebra y Madrid. Su primera novela, *La mujer desnuda*, se publicó en 1950, a la que le siguieron el volumen de cuentos *El derrumbamiento* (1953), *De miedo en miedo* (1967) y *Un retrato para Dickens* (1969). A fines de 1969 enfermó gravemente de una rara dolencia, el quilotórax, de lenta y dolorosa recuperación. De esta experiencia nació, en un largo proceso de elaboración creativa, entre 1972 a 1975, su novela monumental *Solo los elefantes encuentran mandrágora* (1986).

Notas

[1] Dios me lo dio, Dios me lo quitó... bendito sea el nombre de Dios. <<

[2] Seréis como dioses. <<

[3] Infinito es el número de necios. <<

[4] El que tenga oídos para oír, que oiga. <<

[5] En tus manos, Señor, en tus manos. <<